

ENTRE PERIÓDICOS Y LIBROS ANTOLOGÍA PERSONAL



Adán Cabral Sanguino

ENTRE PERIÓDICOS Y LIBROS
ANTOLOGÍA PERSONAL

Adán Cabral Sanguino

Entre periódicos y libros. Antología personal

Adán Cabral Sanguino

Primera edición: octubre de 2016

D.R. (México)

© Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación

Venezuela 44, Colonia Centro

Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06020

México, Ciudad de México

ISBN:

Impreso en México

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida en todo ni en parte sin la autorización previa por escrito de los titulares del *copyright*.

Para mis hijas Tania y Noemí

“Escribir es la manera más profunda de leer la vida”.
Francisco Umbral (1932-2007)

PRÓLOGO

Adán Cabral Sanguino, el escritor, ha vivido entre periódicos y libros como él mismo lo confirma. Esta selección de textos que nos comparte en esta edición es el producto de la disciplina y amor por las letras. Cual máquina del tiempo, nos conduce a viajar con algunos de los relatos a lugares mágicos; descubrimos la riqueza de las costumbres a través de los pasajes de colonias y avenidas de algunas ciudades de nuestro territorio nacional, allí donde parece que el tiempo se detiene en la época de los ochenta, de la cotidianidad agreste de los paisajes humeantes de las zafras y de la belleza histórica de nuestro escudo nacional, que enaltece describiéndolo con un estilo joven, captando la atención de las nuevas generaciones y enalteciendo los valores humanos, al tiempo que imprime en ellos una crítica social constructiva.

Asimismo, el autor de esta antología aborda temas que duelen a diversos sectores de la sociedad como la autoestima y la maternidad a temprana edad; temas de lucha y dolor, los cuales enaltece proporcionándole un espacio honorable a los personajes y ensalzando los valores y los perfiles psicológicos de cada uno, ya que, como profesor, Cabral Sanguino deja entrever su experiencia docente y conocimiento de diversos tópicos como la música, el cine, la crónica, la prosa poética y el ensayo, mismos que lo hicieron merecedor en el 2009 al Reconocimiento Estatal a la Labor del Maestro Veracruzano, en la categoría de obra escrita publicada.

Impulsor de medios literarios y mentor de jóvenes talentos galardonados en diferentes géneros bajo su asesoría, hoy nos hace partícipes y cómplices de sus batallas, cariño hacia la docencia, pasión por el periodismo cultural, sus valores y sensibilidad que salen a flote en su narrativa tapizada de tintes nostálgicos y respeto por la infancia.

Patricia Hernández Velázquez
Veracruz, Ver., septiembre de 2016.

NARRATIVA

EX LIBRIS

A la memoria de María Enriqueta Mac Naught

-¡Los libros tienen la culpa! –masculló Enrique, abrumado por las tareas escolares.

Una voz interrumpió el monólogo:

-¡Te equivocas, Enrique!

-¿Quién habla? –preguntó asustado.

-No temas, amigo, soy la Sabiduría. Vivo en los libros que tanto detestas y que has osado culpar de tu mentalidad prosaica.

-Disculpa –dijo Enrique-, ¿qué significa prosaica?

-Debes buscar en el diccionario.

El niño indagó.

-Mi forma de pensar... ¿es vulgar?

-Por el momento, sí –contestó la Sabiduría. –Sería prudente que corrigieras tu actitud. Ama el estudio, es lo único que te hará trascender en este mundo.

-De acuerdo. Sin embargo, quiero pedirte un favor.

-¿Cuál?

-Que me ayudes a resolver la tarea de hoy. Sólo por esta ocasión.

La Sapiencia sonrió.

-Bueno, pero únicamente esta vez. Aprende el sentido de la responsabilidad.

La Sabiduría ordenó a los habitantes del librero le proporcionaran a Enrique la información necesaria. Los libros charlaron largo rato con el chiquillo, disipando todas sus dudas.

Al día siguiente, la profesora se asombró de los trabajos presentados por el bribón. Por la tarde, el estante lo aguardaba.

-Los hombres creen que el hecho de poseer libros los convierte en sabios o eruditos. ¡Qué equivocados están! Un libro puede ser tu amigo..., pero también tu prisión, Enrique –enfaticó la Sapiencia.

-Entonces, ¿no eres parte de mi imaginación?

-No. Imaginación fue lo que necesitó el autor del cuento. A él debemos nuestra existencia en este relato (mejor que se dedique a otro oficio).
Hasta luego.

Espera...

Silencio. Libros.

Orizaba, Ver., mayo de 1990.

SIN MÚSICA

Sentado sobre una piedra, Xochipilli Macuilxóchitl, dios de la música y de la poesía, mira hacia el oriente; busca la flor y el canto de la humanidad. En sus ojos surge la nostalgia. Coge el panhuéhuatl –un tronco hueco de madera cuya música es monótona y festiva-, suspira un momento y comienza a ejecutarlo. Sus palmas percuten cada vez con mayor intensidad sobre la piel del panhuéhuatl. Los sonidos de la eternidad retumbaban en la región del Anáhuac.

Tonatiuh y Mictlantecuhtli, dioses del Sol y de la Muerte, se asomaron a la tierra. Contemplaron la sensualidad de Macuilxóchitl con una sonrisa y regresaron al cielo.

Xochipilli cesó de tocar. Alargó el brazo derecho para recibir un colibrí que volaba en torno a él. El pajarillo se posó en la mano. En verdad era hermoso, sus colores como el arcoiris revelaban la naturaleza convertida en un modesto regalo.

-Tihui in xóchitl in cuícatl, Macuilxóchitl (¡Vamos, canta con el alma, Macuilxóchitl!) –saludó el ave.

-Panolti, huitzitziltzin quetzali (¡Buenos días, hermoso colibrí!) –respondió Xochipilli. –Tus cantos alegran el paso de los mortales por la tierra. Huitzilopochtli me ha dicho que muy pronto la gran Tenochtitlan caerá bajo el peso de los hombres que vendrán de ultramar. Nada podrá impedirlo, ni siquiera la última celebración de panquetzalitzli (fiestas dedicadas a Huitzilopochtli). Habrá sangrientas batallas. Después, tornará la calma, vendrán nuevos tiempos, pero nunca más volverán tus hermanos, los hombres, a sentir la fuerza y el coraje de sus antepasados. Su identidad quizás sólo regrese del Mictlan cuando cantes nuevamente. Por eso, lamento las desgracias que ya veo recorrer por el valle.

-¿Qué puedo hacer por mis hermanos los hombres?-preguntó el colibrí.
-Conservar tu canto y volar eternamente, a través del tiempo y del espacio, en búsqueda –al igual que los hombres- del desgarrador origen.

¡Anda, amigo mío! ¡Extiende tus alas y recorre el mundo! Tal vez, algún día, la música regocije la nueva tierra.

El colibrí voló incesantemente, pues nunca perdió la esperanza de encontrar la Verdad y darla a conocer a la humanidad.

Pasaron los siglos. Las profecías de Huitzilopochtli se cumplieron. El orbe cambió radicalmente de forma y contenido, de esencia y sentido. Un día, el colibrí escuchó una voz desde las inmediaciones del cielo. Era Xochipilli quien le hablaba:

-¡Detén tu vuelo! Necesito que permanezcas en el mundo hasta el fin de los tiempos. Desciende y expresa una canción de amor y hermandad entre los hombres.

El colibrí obedeció.

Al llegar a los dominios de Tlaltecuhltli (dios de la Tierra), el pajarillo sintió una profunda melancolía. Sabía que también las almas de los guerreros muertos observaban la utópica civilización del siglo XX. Los hombres, en especial los jóvenes, no habían aprendido a convivir con Huehucóyotl (divinidad de la danza), ni con Xochiquetzal (diosa del amor y del placer). Deformaron sus rostros en la búsqueda de un corazón; perdieron la identidad.

Huitzitziltzin lloró. No encontró in ixtli in yoloztli, “ojos y corazón”, en la juventud.

Arribó la noche. La ciudad horrorizaba, paulatinamente, a Huitzitziltzin. Vino la madrugada. El mensajero de Xochipilli Macuilxóchtli, parado sobre la rama de un árbol, se dispuso a entonar una melodía del alma. El sol asomaba en lontananza.

Sonó un disparo.

No se ha escuchado aún la flor y el canto que Xochipilli prometió. Quizás mañana, cuando cante nuevamente el colibrí.

BAJO LOS PUENTES

Llegó hasta el fin de la ciudad, y al ver amplio el camino carretero que allí comienza, pasando un puente, al pie de un cerro histórico, sintióse tentado a emprender un viaje sin término, a lejanas tierras, donde nadie le conociera; huir para siempre de Pluviosilla, de aquella ciudad fatal para su dicha...

Rafael Delgado, La Calandria.

El autobús se detuvo. Desciendo tranquilo, sin prisa. De nuevo en Orizaba.

Un cigarrillo.

Una taberna. Qué bien refrigera una cerveza de barril, después de un largo trayecto.

Abordo un taxi, mientras rememoro algunas cosas del pasado.

Lucía... su rostro permanece intacto al transcurso de los años. Grandes ojos color miel, cejas acentuadas, labios medianos; me fascinaba su estampa cuando usaba blusas que permitían contemplar el cabello negro y ondulado cayendo sobre los hombros desnudos. Preciosa mujer.

Nos conocimos en el Teatro "Ignacio de la Llave", en el intermedio de una representación de Otelo. Aquel recinto ecléctico del Arte, en cuyas columnas transita la solemnidad, fue escenario de un afecto que, a la postre, resultó inminente romance.

Nuestros paseos por la Alameda, nostálgico rincón de los recuerdos, solían tornarse exquisitos en otoño, cuando la neblina envuelve aquel lugar de melancolía. Incluso, quienes rondan solitarios entre sus arboledas, disfrutan de un inexplicable regocijo.

¡Ah, el amor...! Tanto se ha escrito sobre el regalo de Venus, que sólo referir el tema me parece ocioso, respecto a los sentimientos que nacían en esos encuentros.

Y entre citas amenas, charlas y besos, pasaron los días con la fugacidad de un concierto en Allegro vivace.

II

Pluviosilla se encuentra en un valle de la extensa Sierra Madre Oriental. Desde el legendario Cerro del Borrego, donde tuvo lugar un fallido ataque contra las tropas francesas en 1862 y del cual quedan silenciosos cañones, se divisa la frondosa cordillera de Zongolica, así como Tehuipango, San Andrés Tenejapan, Jalapilla... lugares de vasta vegetación.

El Citlaltépetl, cuyo resplandor circunda la llanura entera, se eleva soberbio, majestuoso. Cuenta la leyenda que, al partir Quetzalcóatl hacia el Mictlan, dejó sus rastros sobre aquel nevado como heraldo de un postrer retorno.

Escondida al pie de una colina, la laguna de Ojo de Agua invita a refrescarse en su vertiente. En este lago, aseguran, se aparece una sirena a la medianoche de cada 23 de abril, con la finalidad de pedir que alguien rompa el hechizo que la convirtió en sílfide. Sin embargo, nadie, hasta donde se tiene conocimiento, ha logrado destruir el conjuro.

Durante la primavera, los amaneceres en Orizaba semejan finales de espléndidas noches y vitales inicios matutinos, confundidos en crisol. Tal es la intensidad de la naturaleza.

Los indígenas de la serranía llegan desde muy temprano con sus mercancías -frutas, legumbres, artesanías- a los mercados de la ciudad, en especial, los miércoles y los sábados. Sus vestimentas llenas de colorido, el encanto de la lengua náhuatl, la mística de una personalidad forjada en el campo; todo ese folklore resalta el ambiente festivo de las plazas orizabeñas. Después, debido a la temporada de lluvias y, luego, a los fríos extremos, la indumentaria se torna sobria: jorongos y sarapes predominan entonces.

III

Lucía era una mujer enérgica, impulsiva. Tierna y rebelde al mismo tiempo; musa enigmática por quien aumentó, paulatinamente, mi cariño. Solíamos deambular, también, entre las pintorescas calles de nuestra ciudad. Aún recuerdo aquel Palacio de Hierro proveniente de Europa y prodigio del Art Nouveau; el Centro Educativo Obrero, cuya fachada neoclásica preserva añeja tradición; el convento franciscano –legado del arquitecto Manuel Tolsá-, en ruinas; los barrios de Santa Anita, Pichucalco, Tlachichilco, Ravelo..., donde sus callejuelas añoran aquellos chiquillos jugando fútbol con una pelota de trapo...

Las fábricas textiles, la cervecería... Ahuillizapan es pequeña, pero su ámbito conserva la ausencia de un ayer que volverá.

Caminábamos, ensoñados, a través de esas rúas. Sin embargo, atraídos por la mágica intimidad que evocan los acueductos, una tarde, como cualquier otra, comenzamos a transitar debajo de los puentes, entre los cuales viaja, presuroso, el Río Blanco, divisor natural de nuestra querida Pluviosilla.

Las pasarelas de Orizaba, así tan cotidianas como se ven, celan una antigua historia. Sus arcos de medio punto, pese a que fueron construidos con argamasa, soportan actualmente el peso de la modernidad; sus pretilos de concreto aparente protegen a los transeúntes de algún percance; las bóvedas de cañón corrido se erigen monumentales, imponentes. Andar sobre sus guarniciones empedradas y escuchar los ecos de los pasos que rebotan en las paredes de esas moles, produce en el caminante un inefable misterio, como si una ignota leyenda se ocultara en ellas.

El vaivén de las aguas del río susurraba cuando paseábamos por los arreos calzados bajo los puentes.

IV

Llegó una carta inesperada. Ciertamente, solicité –indeciso- una beca al gobierno de Alemania. No obstante, la respuesta estaba ahí: la Universidad de Berlín me aceptaba. Tenía un mes para presentarme a sus aulas.

La noche que referí a Lucía mi próxima partida, su semblante entristeció. Guardó silencio.

Una tempestad azotó la ciudad. Decidimos refugiarnos al amparo de un puente. Las aguas violentas del río se levantaban furiosas, desafiantes, conforme aumentaba el caudal de la corriente.

Sus lágrimas se confundieron con la lluvia. Golpeó mi rostro una, dos, tres veces, para desahogar la impotencia de persuadirme de abandonar Orizaba. Forcejamos un instante. La contuve entre mis brazos y, al fin, la besé con vehemencia: la pasión suele llegar en momentos fortuitos. Lucía correspondió a ese delirio; mordió mis labios y me abofeteó una vez más.

-¡Adiós, Armando!

-Lucía, mira...

Y se fue corriendo entre la lluvia incesante.

En el aeropuerto resentí dejar atrás mi pequeña ciudad. Imaginaba que, cuando volviera de Alemania, Lucía estaría ahí, esperándome, ofreciéndome la indulgencia como bienvenida. Es lo último que recuerdo de aquella época inolvidable. Después, todo fue distinto.

V

Vi alejarse el taxi.

La noche era espléndida. Frío, neblina, veleidad... Hay quienes comparan los inviernos orizabeños con los de Inglaterra. Lucía partió de aquí hace tres años. No supe más de ella.

Ahora, este puente me observa indiferente. La soledad abriga los temperamentos vacíos de amor, cargados de recuerdos, de nostalgia, de sufrimiento. En mi fantasía, contemplo su imagen recorrer conmigo las interminables pasarelas rodeadas de jazmines; el sonido juvenil de las aguas

del río; la ventura sonriendo frente a nosotros... Pero, luego, la quimera se evapora y me veo aquí, sin más compañía que el acueducto.
La corriente peregrina apacible, sumisa.

Sentado sobre la guarnición, quisiera tornarme gigante para abrazar el puente y acariciar los alcores que protegen –aunque difuminados por la bruma- el estero.

Todo ha terminado.

Cuando suenen las campanas, será Navidad. Alguien me espera; quizás, el encanto de esos paseos bajo los puentes renazca esta noche.
No lo sé.

JARDÍN DEL ANÁHUAC

Primavera

Las araucarias, las hayas, los olmos y los liquidámbaros se llenan de follaje. Las dalias, los geranios y las frescas rosas en los jardines, como educadas señoritas, saludan a los transeúntes.

Las mariposas juegan caprichosamente entre sauces, camelias y laureles, al tiempo que los niños corren intentando atraparlas en pleno vuelo.

Por la noche, las luciérnagas alumbran las aguas del lago y la floresta del Tepeyac.

Verano

Clima caluroso. El agua adquiere un sabor distinto.

Hongos bañados de rocío en las mañanas. Los patos revolotean en medio de los naranjos.

Las magnolias muestran todo su esplendor, mientras que las orquídeas deleitan el olfato. Florecen heliotropos, tulipanes y azaleas.

Otoño

Olor a tierra mojada. Tláloc señala el regreso al Mictlan durante las festividades de los días de muertos.

Los geranios, las azucenas, las capuchinas y las hiedras abren sus capullos. Gotas cristalinas.

Invierno

Una densa neblina desciende sobre las arboledas desnudas.

Los pinos, los encinos, las casuarinas y los grevillos descubren sus encantos.

Brotan las buganvillas por todo el valle, a la par que los lirios, los jazmines, algunas azaleas y la flor de nochebuena perfuman el jardín del Anáhuac.

EL CUADRO INCONCLUSO

Para Gerardo Bandala Torres

El amanecer trastoca una ventana abierta al sol. En su taller de hilografía, Wenceslao, un hombre moreno y jovial, se dispone a trabajar. La mirada sagaz —acentuada por tupidas cejas— apunta hacia un cuadro pendiente. Aguarda la llegada del instinto.

Comienza cortando madera, fijando clavos aquí y allá. Más tarde, bebe un café express. Sobre una vieja mesa de pino, dibuja algunos bocetos; observa el lápiz dentro del cual habita un extraño duende que, a veces, lo incita a trazar diseños excelsos y, otras, sólo líneas ininteligibles.

Tangos y boleros deleitan su espíritu sediento de ideas; hojea el periódico. Inútil, la apasionante búsqueda estética absorbe, nuevamente, sus sentidos.

Línea, ritmo, matiz. Aquel taller repleto de madejas multicolores de algodón, poliéster, pliana, artisela, ludex y cuadros terminados semeja un arco de San Martín, análogo a los vitrales de Patricia Hasbach, bajo el imperio de la luz. Con la diferencia de que la artista de origen alemán atrapa el color en los reflejos —a través del vidrio negro y otros opacos— y Wenceslao, mediante la unión, que no la mezcla, de hilos preteñidos, cuya textura contrasta con el vidrio, consigue una exquisita variedad de tonalidades luminosas y con personalidad.

El aroma de las maderas con las cuales Wenceslao elabora los marcos — pino, cedro, triplay, macupán— lo reconforta cada mañana. La hilografía, o el hermoso oficio de las arañas, exige calidad hasta de los propios hilos. Un buen hilo debe ser resistente y flexible; cuando el apresto resulta excesivo, el filamento textil queda tieso y quebradizo. Pero la culpa no es del hilo; Wenceslao compuso el siguiente verso que ilustra lo anterior:

*Nací de un mal algodón,
después, fui mal procesado;
con exceso de torsión
mi cuerpo fue torturado.*

Selecciona un hilo azul, con sus hábiles dedos lo extiende sobre el cuadro inconcluso; calcula la proporción de la forma que intenta diseñar. Es una obra difícil concebida tras escuchar la voz del silencio.

Percibe la red de líneas e imagina el remate. Teje poemas con sus manos; otro tango y, de nuevo, elucubra la escurridiza imagen. Abandona el taller. Pensativo, desciende por las escaleras del patio trasero, atraviesa el jardín y se dirige a la floristería de la planta baja. Su esposa había salido. Atiende a la clientela. Flores, exacto. Un capullo hilográfico difuminado en línea horizontal.

Deleita su vista con el ombligo en forma de grano de café de la esbelta muchacha vestida de short y camiseta corta, que le pide un ramo de gardenias. Hubiese deseado conocer los secretos eróticos de Júpiter, a fin de anudar aquella virtud onfálica con finos hilos de seda. Le entrega los claveles, perdón, las gardenias y la ve salir deprisa. Cuenta las canastas de mimbre y los arreglos florales de una entrega próxima, mientras da las instrucciones pertinentes a la encargada de la tienda. Regresa al taller.

Otra mañana, el artista de los hilos reflexiona sobre la semiología de la abstracción en los cuadros de Klee. No, el cuadro inconcluso no era compatible con el neoimpresionismo. Su mente teje una hilografía de Möebius, sempiterna, peculiar. Sin embargo, las manos, cuando acarician los hilos, impiden la plasticidad del subconsciente. Como la Belleza es la infinita amante del artista, venerarla implica divisar lo divino en lo terrestre; la quimera en la certeza; la fantasía en la realidad; la vida en la muerte. Al fin y al cabo, el universal placer reafirma el espíritu del Hombre.

Los días transcurren, flagelantes, para Wenceslao. Obsesión enfermiza, crisis. Imagina la próxima exposición, donde la vanidad lo hará declarar ante la prensa que su más reciente obra le llevó algunos meses, pero que la experiencia de tantos años en el oficio resolvió las dificultades técnicas.

Primero, tendrá que demostrarlo frente al marco de hilos ávidos de forma estética.

No recuerdo quién dijo que ser original es fácil. Basta con hacer algo extraordinario; pero, ser original y cualitativo resulta difícil porque, entonces, hay que consumir algo que nadie haya hecho, mas excelentemente realizado. La originalidad suele nacer de la tortura del genio creador.

Wenceslao siente angustia por su impotencia para terminar el demencial cuadro. Podría resolverlo como un hilorama comercial. No, sería engañarse. Esa maldita obra espera su desenlace.

La hilografía inconclusa tiene marco de pino chapeado. La base está constituida de clavos sin cabeza de 3 pulgadas a 2 milímetros de distancia uno del otro, cuyo fondo de material aglomerado –macupán– resalta la imagen principal. Los hilos de algodón con poliéster mezclado parten del blanco y negro hacia la variación de tonalidades verdes y azules. La estructura formal delinea –vista la obra en posición de rombo– diversos cuadros que se convierten en patos; al centro, se advierten cuatro hileras de ánades formando una intersección. Wenceslao la intitula “Metamorfosis”, en el sentido de la eterna dualidad, donde tiene lugar la relación perfecta con Dios. Creador y creación. No obstante, Wenceslao persigue el más paranoico de sus enredos.

Los días continúan deslizándose. Wenceslao, ahora, tiene nuevas ocupaciones. Viaja, administra la floristería, prepara sus clases, atiende compromisos culturales. El divorcio temporal entre el artista y la obra favorece, en ocasiones, el apasionado reencuentro.

La hilografía sigue inconclusa. Algún día la terminará.

MILONGA FUTBOLERA

Aquí estoy, arrumbada por el boludo de mi dueño. Sos ingenuo si pensás que llevo una jornada placentera; al contrario, una vida de la patada. Pero me encanta, para eso me fabricaron.

En el barrio (y no precisamente el de Núñez), los sábados a la tarde se juntan los pibes para jugar fútbol. Los partidos se ponen macanudos con el primer gol; como en la Bombonera, con el júbilo de la número doce —una barbaridad de gente— cuando anota Boca, los muchachos animan la “cascarita”. Los adversarios reaccionan, el delantero escracha al guarda-meta de un pelotazo. ¡Gool! El marcador se iguala. Las minas, siempre guapas, saborean sus chuengas. Hay, también, quienes apuestan desde diez mangos hasta media gamba.

Me juegan, me pasean. Allá voy, como en una milonga, bien franeleada por muchos tarros que, tal parece, me preparan para el bulín. Me encanta y me excita acariciar las piernas cálidas y sudorosas de los jugadores.

A veces, los partidos terminan bruscamente porque algún pelotudo me estampa sobre alguna ventana; otras, porque los pibes rajan al armarse el quilombo y tienen a la yuta pisándoles los botines. Se dispersan, presurosos, por las calles y me esconden, pues soy incómodo cuerpo del delito.

Y aquí estoy, esperando otra animada jornada. Sólo te manguero que, si alguna vez rompo algún cristal de vuestra casa, no os calentés, que vos también fuiste joven y sabés que el juego está de diez.

NATACIÓN

Amanece en un pueblo cercano a las costas del Golfo de México. El calor inclemente aumentará conforme recorra el sol la comarca.

Doña Gertrudis, una regordeta señora de tez morena, sonriente, prepara la merienda para su familia. Esteban, su esposo, recorre las milpas, verificando que ninguna desgraciada peste se acerque a la plantación. Es un verano prometedor, pues, en cuanto se aproximen las lluvias, la cosecha será espléndida. Elotes y cangrejos —estos últimos salen a las playas con los primeros rayos— abundarán en los mercados de la región.

Se reúnen en la humilde choza de palma. Doña Gertrudis preparó unos exquisitos tamales de elote y frijoles con granos de maíz y epazote. Mientras degustan un despabilador café de olla, comentan las noticias radiofónicas de siempre: alza en el precio de los productos del campo, aumento de impuestos, etcétera.

Hugo, el más pequeño de los vástagos, se alista para asistir a la escuela. Por la tarde, acompañado de su tía invidente, irá a pedir limosna al pueblo próximo. Esteban no está de acuerdo en ello, pero dados los apuros económicos, accede.

Después del desayuno, la choza queda solitaria. Doña Gertrudis levanta los trastes sucios y se prepara a realizar su diario oficio: lavar ropa ajena por veinte pesos la docena. Previamente, en la noche, dejó remojadas las prendas más sucias. Tira el agua, enjuaga y deja, de nuevo, los pantalones en detergente.

La ropa suave, específicamente camisas, camisetas, calzones y brasieres requieren menor esfuerzo e, incluso, absorben más rápido el acondicionador de telas. Sin embargo, doña Gertrudis sabe —de manera empírica— que el PH del varón es más penetrante, por lo que restriega más tiempo los cuellos, puños y axilas de las camisas. Cuando lava los bikinis y advierte alguna ligera mancha de semen o sangre, sonríe en señal de complicidad; los sostenes de mujeres embarazadas necesitan, a veces, un

poco de cloralex para diluir esas amarillentas manchas, sobre todo de los calostros.

Los calcetines de los caballeros no son complicados de asear, pero, generalmente, todos usan zapatos de piel sintética porque los de piel son caros. El sudor se impregna en el referido calzado y el olor permanece. Por ello, resulta necesario enjuagar y restregar, por lo menos, dos veces.

El verdadero reto para doña Gertrudis comienza con el lavado de pantalones y ropa deportiva. Con el calor más recalcitrante, a eso de las once de la mañana, nuestra protagonista practica la natación. Alista una manta sobre el lavadero y, armada con detergente, cloralex, cepillo y cubetas de agua (generalmente, a esa hora, escasea el vital líquido), se dispone a enfrentar el olímpico reto. Sumerge sus brazos en el agua enjabonada, respira profundamente y a nadar —perdón— a lavar se ha dicho. Talla y talla los difíciles pantalones de mezclilla: las bolsas grasientas, las valencianas percutidas, los tiros; luego, la ropa deportiva enlodada, con manchas de sudor reseco; las calcetas negras, pero cuyo color original es blanco.

Sumerge sus brazos, de manera sincronizada. El movimiento genera espuma gris que, luego, desecha. Carga las cubetas, prepara nueva jabonadura y vuelve a iniciar el procedimiento. No lo sabe, pero, en ese momento, sus únicos amigos en la competencia son el sulfato de sodio, el tensoactivo aniónico, el tripolifosfato de sodio y los abrillantadores ópticos del detergente. Suda, jadea, retoma fuerza. El calor es ahora insostenible, sin embargo, debe llegar a la meta. Lo sabe perfectamente. Son veinte pesos por cada docena. Por un momento, piensa en el sueño guajiro de comprar una lavadora (las tentaciones en el desierto). Respira y sigue nadando.

Al filo de la hora del almuerzo, como a las tres de la tarde, doña Gertrudis exprime las últimas prendas. Observa, con satisfacción, el tendedero lleno. La ropa estará seca alrededor del crepúsculo. Cansada, prepara unas mojarras al mojo de ajo, acompañadas con salsa de chilpaya, para reponer la energía. Un botón basta de muestra y, los demás, a la camisa.

AERÓBICOS

Todas las mañanas, en un apartamento del edificio Buganvilias, Marcela, una señora regordeta de piel clara y sensual, inicia su ridícula sesión de ejercicios, acompañada de música moderna cuyo ritmo, a duras penas, logra seguir.

Suda, transpira, se sofoca, se cansa y nada. El exceso de grasa permanece en ese cuerpo que rechaza y maldice.

Como millones de mujeres, también es adicta a los productos del negocio de la vanidad –presentados por televisión– que ofrecen mejoramiento corporal sin esfuerzo alguno.

Después de sobrevivir a una anorexia que la mandó al hospital, decidió intentar rebajar sus kilos sobrantes mediante el baile. Aunque esta actividad, en efecto, logra disminuir hasta tres kilos en un mes, no puede concederle a Marcela tan anhelado deseo. Y menos aún con la desordenada dieta que sigue, pero qué importa vivir de ilusiones.

Todavía el verano pasado, Marcela tuvo algunos amantes ocasionales. De hecho, bien vestida y maquillada, luce simpática y, bueno, el gusto masculino es diverso, aunque lo complicado era el momento de la intimidad.

Y así, vestida con ridículos leotardos, brincando al ritmo de uno, dos, tres, uno, dos, tres, en sesiones de cuarenta y cinco minutos, y lidiando contra la baja autoestima, siguió comiendo como reina y sometándose a la esclavitud del absurdo ejercicio, hasta que, un día, durante una rutina de alto impacto, se fracturó un tobillo.

Obviamente, dejó de practicar aeróbicos. Los zapatos deportivos con válvula de aire terminaron en el cesto de basura.

Historias urbanas, usted sabe.

BASQUETBOL

Allá van, con una extraordinaria fuerza de voluntad, persiguiendo un balón de piel, en afanosa búsqueda de una anotación. Está por finalizar el primer tiempo; los Guerreros llevan ventaja de 25 a 17 sobre los Renegados.

Los jugadores se desplazan rápidamente sobre sus plegadizas sillas de ruedas; sus fuertes brazos les permiten, incluso, deslizarse encima de dos ruedas. Sudorosos, siguen las expeditas estrategias diseñadas por los entrenadores. Los Guerreros, de uniforme rojo, deciden jugar en defensiva; los Renegados, de azul, intentan burlar a los postes.

El árbitro pita el final del medio tiempo.

Mientras los deportistas beben agua, los auxiliares revisan los frenos, piñones y llantas de las Everest Jennings, Oxfords, Quickie o Kushall, aunque los basquetbolistas prefieren las Müller de diseño aerodinámico, que permite el desplazamiento rápido y un giro a gran velocidad. En realidad, todas las sillas manuales son aceptables: el reglamento sólo prohíbe las motorizadas y las eléctricas.

Inicia el segundo tiempo. El movedor y las alas de los Renegados se aproximan al área de tiros libres. Un azul, con excelente maniobrabilidad, entra a la zona de tres segundos y encesta. Luego, bloquean la salida de los Guerreros y, de nuevo, anotan, aunque, esta vez, un tiro de tres puntos.

Entonces comenzó una espectacular rebatinga por el balón. Impulsándose rápidamente con una mano y botando el anaranjado esférico con la otra, los basquetbolistas realizan pases de un lado a otro. Debido a los fuertes empujones, algunas sillas se voltean lanzando a los deportistas a la duela, pero éstos son levantados y continúan jugando.

Sin duda, el partido está acalorado con el empate. El entrenador de los Guerreros pide tiempo fuera.

Reinicia el partido. Un renegado golpea con el codo a un adversario. El árbitro lo expulsa. Cambio de jugador.

Ahora, los contrincantes se atreven más a realizar triples, clavadas rápidas o tiros de tres puntos. El asunto es incrementar el marcador.

Otro tiempo fuera.

Los Renegados regresan más agresivos. La red plástica de sus adversarios es traspasada con más frecuencia en el resbaladizo vaivén del balón.

En la cancha, se escucha el rechinar de las ruedas, los jadeos, el coraje. En las gradas, las porras y las emociones desbordadas.

Se escucha el silbatazo final. Los Renegados han ganado 50 a 45 puntos. Sonrientes, estrechan la mano de sus compañeros y contrincantes. Se retiran de la cancha acompañados por familiares y amigos.

Desciendo lentamente de las gradas. En silencio, un tanto avergonzado, reconozco tener la mente en silla de ruedas, pues, teniendo mis piernas sanas, no he caminado ni la mitad de mi vida.

MIRADA DE NIÑO

Pablito juega con su pelota en el parque 21 de Mayo, emblemático lugar del centro histórico de Córdoba, Veracruz, con aroma de café y nostalgia. A su corta edad, la vida es lúdica y sin preocupaciones.

En tanto, su madre lo cuida desde la iglesia de la Inmaculada. Sabe que basta con un insignificante descuido para que el juego se convierta en accidente, en aquella calurosa tarde que invita a disfrutar del viento refrescante entre los árboles.

La infancia... Una etapa de nuestras vidas plena de ingenuidad. La época de los porqués; de buscar el don del fuego blanco; del creer en todo y no inquietarse por nada; de ver el mundo con una mirada limpia –al fin, de chiquillo-; de esperar ansiosos la llegada (y los regalos) de los Reyes Magos y del Día del Niño...

Pablito mira hacia el cielo. Contempla las estrellas, suspira y respira el olor de árboles navideños. Eleva sus manitas y traza con sus pequeños dedos las figuras que las nubes forman e imagina su juguete favorito. Después de todo, cada quien ve lo que quiere ver y, a veces, todo son apariencias. Pero así es este mundo (visto con ojos de adulto, claro). Sin embargo, para Pablito, uno de tantos niños posmodernos que nacen con información más avanzada y necesaria para los tiempos actuales, las clásicas mentiras de los adultos durarán tan sólo un instante. En cambio, éstos se sorprenderán de escucharlo hablar de cosas que no sabrán cómo conoce y de verlo muy “maduro” para su edad.

Entonces, Pablito los verá, por momentos, muy infantiles, y en su adultez recordará, con un dejo de añoranza, aquellos paseos en su amada ciudad de los treinta caballeros, los dulces, el sonido de las campanas en los portales, los juegos y la suave mano de su madre sosteniendo la suya mientras observan las coloridas luces nocturnas.

XIKAKE TEMAXTE

Yotisosotlavigue tlen inauak temaxtike, tlen mapanovan tinoxten tonauak. Amo noxten tlen temaxtike amo cualmen, kualtis se kin neskayotes tlen amo kiyecchivan tekittl.

Tlen ueka itech tepeyo kane kate caltlamaxtiloyan, ompa tlen temachtiken sa ikpanova kin tlakitan, maske miak tlen yevan a nile temachtiken, sekimen miak kikakativen in tikipanoll, ikon amo cualtsen kin yekmachitian piltomen, oksikime amo kinmitasniguen son masehualmen; oksiguiemen kitlatlane itech altepemayokan ma kinpaleuikan (ikan tome, oksigke tlamantle, ueuiyen tekihuamen nike kin tlatlanelian) inon tlapaleualistle teuan techkaske, niman inon tlapaleualistle amo kemanian asite tonauak, oksiguime temachtiken kitlatlane ma tikin paleuikan semen to yolikniuan campa ma asite tekiuan, tech ilia miak kakayaualistle, iuak asite inon toyolikne tikiua ayakmo kemanian techtlapalote, tla oksime kineki yetos tekihua keman oksime youe tech tlapalote.

Nike se kinike se kitos yotisosotlauaguen kampa se kimita temachtiken tlakonitoken ivan tlen temachtiken ok chochokomen, campa kin tlatlaultia to tagoban, amo topan tech ita kanen tefan ti chanchiua, yompan kemanian kin tsotsontigue uan kiminchpolouan, se kitlatlane ma tech tlakitagan tefan, ken o temachte tlen itoka Benito Juárez okse itoka Lucio Cabañas.

Tefan nonike kuakauale ixtlamachilistle minike tech makaske, tech maxtiske, nike tik nigue ti kin tlasokamatiske innavak tle kaukualte temachtike, tlen toban kualtsen otkipanoke tonabak tlen toban okitlasokama se atsintle uan se tlakuale tlen nika itich inin ueka tepeyo, otechkatebilike kuakuale ichtlamachilistle tlen yefan okimatia tlammo tlen yefan omomachtike.

ESCUCHA, MAESTRO

Una cosa es ser tolerantes y otra cosa es ser imbéciles;
no es lo mismo tener un espíritu amplio que un espíritu vacío.

Fernando Savater, *Los caminos para la libertad*.

Maestros rurales que entregan sus vidas en las altas montañas, caminando por senderos intransitables para llegar a las modestas escuelas donde laboran, algunas en pésimas condiciones, sin agua o electricidad.

En ustedes, la vocación de servicio es el principal impulso para llevar el desarrollo a esas lejanas comunidades en donde los niños los reciben con una sonrisa y todavía les dan muestras de respeto. Profesores que, para mejorar las escuelas o ayudar a la gente de esas lejanas congregaciones, deben realizar una ardua gestión ante diversas instancias gubernamentales (aunque muchas veces esos oficios terminen en el cesto de la basura), la iniciativa privada o ante la clase política.

Muchos de ustedes se ven obligados a vivir solos en casitas de madera, acompañados por los recuerdos de sus lugares de origen; otros, los menos, cuentan con la compañía de sus esposas, que se van a vivir con ellos, o que, en su mayoría, los esperan en la ciudad, en cada retorno al hogar. Y en esa nostálgica reconditez, conviven con la gente humilde; aprenden a vivir, y a sobrevivir, en la montaña, impregnándose de su sabiduría. Entienden que la docencia es un asunto de vocación y resignifican las enseñanzas que nos legaron Benito Juárez o Lucio Cabañas.

Escucha, maestro. Nosotros también sabemos reconocer tu encomiable esfuerzo en estas serranías; entendemos que son aves de paso y que lo que se queda son sus enseñanzas, tanto en el aula, como en sus ejemplos de vida.

CON LOS PIES CANSADOS

Silvia Yajayra Miros Cruz*
María Fernanda Mendoza Navarro**
Adán Cabral Sanguino

Con sus pies cansados, Claudia entra al salón. La tarde apenas comienza y el calor está insoportable. Cada día que pasa se le hace más difícil poner atención a las clases.

Mientras el maestro explica una lección de álgebra, Claudia siente un movimiento en su abdomen. Es su bebé que juega en el líquido amniótico. Se toca el vientre y sonríe, es una sonrisa que refleja tantas cosas: alegría, confusión, tristeza.

En la secundaria, sin tener un objetivo claro de la vida, Claudia se pregunta mil cosas, ¿Cómo decirles a sus padres la situación? ¿Debe tenerlo? ¿Cómo será el resto de su vida? ¿Tendrá que abandonar la escuela para trabajar? ¿Su pareja será responsable siempre?

Es el tiempo el que decide y responderá a las dudas de Claudia. Mientras tanto, ella sola enfrenta la situación. Comienza a ser cotidiano escuchar murmullos de sus compañeros en el aula, salir al receso y sentir todas las miradas sobre ella.

Mes con mes se torna más difícil la estancia en la escuela para Claudia, ya que el soportar las críticas de sus compañeros, las preguntas de sus profesores, el avance del embarazo, los reproches de sus padres, le generan una especie de depresión. Es difícil, muy difícil para ella disfrutar esa etapa; es algo para lo que aún no estaba preparada. Sin embargo, la adolescente sigue firme en su decisión de enfrentar dicha situación. Cómo no verla con extrañeza, es un caso no poco común, pero, da una mala impresión, sobre todo para ella y el hijo que ahora se encuentra engendrando.

Todo se empieza a tornar difícil, día a día se hace más pesado. Su pareja se encuentra igual que ella, sólo que él no tiene toda la atención en el vientre. Él mismo se pregunta... ¿y qué haré?

Claudia se encuentra aún más preocupada, debido a que el embarazo ya está muy cerca de ser finito; tiene miedo de no poder con la tremenda responsabilidad. Las noches sirven de pañuelo a sus reproches, sus lágrimas ya son riachuelos que se han juntado con el mar.

Pasan los meses, son casi nueve cuando Claudia abandona la escuela. Está muy próximo el momento de dar a luz. Por instantes, ella duda de que sus padres la apoyen, pero, como sea, ella está decidida a retar las situaciones más difíciles y salir adelante con su bebé.

Llega la hora del parto. Como en los meses anteriores, mil cosas pasan por la mente de Claudia, sin embargo, cuando carga por primera vez a su hijo, siente esa necesidad de seguir con él y está segura de que desafiará con coraje todas las críticas y obstáculos que se le presenten. Es un día donde ha cambiado por completo la historia en la vida de Claudia, y es un día en el que empezará a contarse otra historia de un nuevo ser: su hijo.

Como siempre sucede en estas historias, el adolescente padre del niño se largó y no quiso saber más ni de su hijo, ni de la madre. En consecuencia, Claudia decidió terminar sus estudios antes de concluir el tercer grado de secundaria.

Aquella mañana, la joven madre acudió a ver al subdirector de la escuela. Ella intentó enfrentar esa difícil situación sin abandonar sus estudios, pero desafortunadamente no obtuvo mucha ayuda en la escuela. Decidió trabajar en un modesto empleo.

Los años pasan y el niño crece aceleradamente. Claudia hace lo imposible para pagar la educación de su hijo, alimentarlo y dedicarle tiempo. La joven madre, desilusionada de todos, decidió vivir en un apartamento

al lado de su hijo. Sabe que su vida amorosa terminó el día en que su novio la abandonó y que ella no es padre y madre al mismo tiempo, sino únicamente una madre tenaz contra la adversidad.

Un escenario un tanto deplorable para Claudia, quien no pudo vivir una adolescencia como la había pensado, pero esa experiencia le dejará muchas enseñanzas para continuar su sendero, a veces, con los pies cansados, como cuando estaba embarazada. No cabe duda de que las cosas pasan sin pensarlo, sin esperarlo o que, simplemente, nos encuentran, pero lo importante es entender que la vida no es una meta, sino un camino.

* Silvia Yajayra Miros Cruz (Veracruz, Ver., 1988) fue galardonada en el Concurso Estatal de Cuento “Érase una vez”, convocado en 2002 por el Instituto Veracruzano de Cultura, a través del programa Alas y Raíces a los Niños Veracruzanos. Su cuento premiado apareció publicado en una antología elaborada por el IVEC en 2003.

** María Fernanda Mendoza Navarro (Puebla, Pue., 1993) fue finalista en el concurso de cuento en el Encuentro Nacional de Evaluación Académica, Tecnológica y Cultural 2007 de Escuelas Secundarias Técnicas. Ambas, en ese entonces, fueron alumnas de Adán Cabral Sanguino en las Escuelas Secundarias Técnicas Industriales No.113 y 44 de San Andrés Tuxtla y Potrero Nuevo, Atoyac, respectivamente.

LA SINAGOGA DE LOS MILAGROS

“Vosotros me llamáis Maestro
y Señor, y con razón,
porque lo soy.”
JUAN 13:13

Con su túnica blanca, tejida de una sola pieza y sin costura, y sandalias de cuero, Jesucristo predicaba a la gente reunida en la sinagoga blanca de Cafarnaúm, al caer el sol.

La muchedumbre escuchaba atenta al maestro. Como en la parábola del sembrador, algunos transmitirían el mensaje del Cristo a través de sus acciones diarias. Otros, lo traicionarían ante Poncio Pilatos.

Por lo pronto, aquella tarde lo acompañaban Pedro, Andrés, Santiago y Juan, sus primeros discípulos y que, a la postre, serían sus principales sucesores en medio de la historia de traiciones que vivió el Mesías.

Ahí estaba el nuevo maestro que, a pesar de su juventud, daba sabios consejos como los rabinos, predicaba sermones como los teólogos e interpretaba las Escrituras como los doctores. Sin embargo, no hablaba como alguno de ellos. Era un revolucionario que quería transformar el mundo (el primer comunista, dirían algunos). Para cuidarse de los rencores de los fariseos y otros opositores, enseñaba mediante parábolas porque, además de ser lo pedagógicamente adecuado para dirigirse a públicos tan heterogéneos, le permitía esconder y preservar un mensaje que revelaba de manera personal a quien quisiera descubrirlo, pero que permanecía velado para los demás. A veces, la mejor palabra es la que no se dice... o se dice de manera oculta.

La sinagoga de Cafarnaúm fue escenario de las primeras enseñanzas del divino maestro; de sorprendentes milagros, como el del paralítico a quien curó diciéndole: "levántate, toma tu camilla y vete a tu casa"; refugio de Jesús cuando huyó de sus seguidores que intentaron hacerlo rey en la pascua judía de Galilea, y tribuna del célebre discurso donde se proclamó «pan de la vida», el cual desconcertó a muchos de quienes lo escucharon, pensando que se trataba de un lenguaje duro (o blasfemia) y decidieron darle la espalda. Juan observaba estos sucesos desde una columna de piedra calcárea de la sinagoga, convencido de que, en aquel crepúsculo, el maestro había perdido credibilidad en las mentes mediocres, lo cual favorecería deslealtades en el corto plazo. Judas sonreía malicioso.

El viento fresco del mar de Galilea acaricia las playas de Cafarnaúm. Jesucristo medita en su corazón los recientes acontecimientos y en los intensos viajes que hará a las ciudades cercanas, en especial, Jerusalén, Betania y Cesarea de Filipo, donde Pedro, a través de preguntas insertas en conversaciones con Jesús, comprobaría que su interlocutor era Cristo. Curiosamente, el Mesías fue comparado con Sócrates por sus métodos de razonamiento tan parecidos, en especial el diálogo y la disertación mediante un lenguaje sencillo –que el pensador griego desarrollaría como la mayéutica-; no obstante, el nazareno jamás buscó fundar una escuela filosófica y, aunque, como Sócrates, interpellaba a sus discípulos con preguntas constantes, sólo buscaba despertar en ellos un sentido crítico de la realidad y del mensaje profundo de sus palabras.

El día que redescubrieron las ruinas de Cafarnaúm en el pueblo de Tell Hum en 1905 –gracias a los primeros apuntes de 1866 del explorador británico Charles W. Wilson-, los excavadores se sorprendieron al ver frente a ellos la sinagoga de ornamentación arquitectónica con capiteles corintios e intrincados relieves tallados en piedra a la que se refería la Biblia en repetidas ocasiones y cuya existencia había sido puesta en tela de juicio por los eruditos. Habían encontrado, por fin, el principal salón de clases del maestro de maestros con las inscripciones en griego y arameo, para no dejar margen a la duda.

Los alemanes Heinrich Kohl y Carl Watzinger, orquestadores de la excavación, jamás imaginaron el holocausto que haría su odiado compatriota con la comunidad judía años más tarde, durante la Segunda Guerra Mundial. Ironías de la historia.

LA PRÓXIMA ZAFRA

Rosendo contempla los campos cañeros iluminados por el sol recalci-trante del mediodía. Su piel bronceada y sudorosa brilla con el reflejo del astro rey. El olor a caña quemada trae a su mente imborrables recuerdos.

Los hijos se han marchado. Unos en busca de dólares; otros, a la ciudad. Todos dejaron las zafras por los bajos pagos a destajo, aunque su alma cañera los acompaña también con remembranzas por dondequiera que andan y hasta escuchan los susurros del río Atoyac y del cerro del Chiquihuite.

El viejo campesino recuerda su juventud. Aquellas jornadas de sol a sol, cuando al ingenio "El Potrero" llegaban toneladas de caña cruda en el tren que pasaba por el transbordo a plataformas ferroviarias y continuaba su marcha hacia Veracruz, al igual que el Ferrocarril Mexicano, que silbaba al arribar a la estación donde lo esperaban los ansiosos pasajeros en los andenes.

La caña de azúcar, esa singular planta proveniente del sureste asiático que tantas historias podría relatarnos, como la vida de Rosendo cuyas añoranzas se queman lentamente cual caña en brasa. El humo de los cañaverales incendiados para el corte manual a machetazos cubre el pueblo. Las calles polvorientas ahora lucen ennegrecidas y el tizne impregna la ropa de los tendedores, aunque las señoras bien saben que es sinónimo de dinero. Seis meses de alegría -durante la zafra- y otros seis de amargura -cuando no hay trabajo-. Ese es el calendario de los rumbos cañeros y que durante tantos años ha vivido Rosendo.

Hoy sembrar caña ya no es tan rentable, pero ese es el empleo de Rosendo. De eso vive y ha dedicado toda su vida, al igual que otros viejos campesinos. Por ende, sigue sembrándola con la esperanza de que el ingenio mejore el precio de la tonelada la próxima zafra. Le entristece ver la quiebra en que han quedado muchos productores de caña amigos suyos, debido a situaciones como la desigual introducción de azúcar centroamericana, la caída en el precio de la gramínea tropical, la falta

de subsidio ocasionada por la supuesta sobreproducción de la caña, carteras vencidas de muchos cañeros, la llegada del jarabe de alta fructuosa de maíz en las empresas refresqueras y hasta la escasez de cortadores de caña. Bebe un trago de ron, se seca el sudor de la frente y continúa su paso entre los cañaverales.

ÁGUILA REAL

“Y cuando el águila vio a los mexicanos, se inclinó profundamente. Y el águila veía desde lejos”.
Fernando de Alvarado Tezozómoc, Crónica Mexicayotl.

Aquella tarde, Pablo, un niño de once años, leía en un portal de noticias que el gobierno mexicano se molestó por el hecho de que el papa Francisco, primer pontífice latinoamericano de la historia, hablara de la “mexicanización” de Argentina, como hace tiempo les disgustaba a los colombianos que se dijera que México se estaba “colombianizando”.

Desconcertado, le preguntó a Javier, su padre, la interpretación de dicha nota. Éste le explicó que no había nada de malo en dicho comentario, pues el líder religioso opinó que ese término es técnico y no tiene que ver con la dignidad de nuestro país. Además, anteriormente, ya se habían usado expresiones de otras latitudes para explicar problemas sociales del continente americano, tales como colombianización o cubanización, los cuales no han llegado por ahora al Diccionario de la Real Academia como sí lo hizo en su día «balcanización» -vocablo utilizado para describir los procesos de división de ciertas culturas en identidades separadas-, pero ya tienen un historial de polémicas como la que estaban disertando. -Entonces, ¿“mexicanización” es una nueva palabra, papá? ¿Qué significa? -preguntó Pablo.

-Bueno, hace años “mexicanización” se refería a trampas electorales, al uso de la maquinaria gubernamental en favor del candidato oficial y a la permanencia ininterrumpida en el poder de un solo partido político.

Hoy se emplea para explicar el empoderamiento del narcotráfico y la criminalidad y su penetración en las estructuras del Estado, junto a un notorio aumento de la violencia.

-No te entiendo muy bien, pero es lo que vemos todos los días en los noticiarios, ¿verdad?

-Así es, hijo, sin embargo, nuestra patria, nuestra nación, está por encima de dichas complicaciones, como lo simboliza el escudo nacional mexicano.

Desconcertado, Pablo le pidió que le explicara su significado. Su padre lo invitó a sentarse a la mesa para mostrarle la imagen.

-El escudo de nuestra bandera se inspira en la leyenda fundadora del estado que los aztecas establecieron en el centro de Mesoamérica. Está conformado por un águila real luchando contra una serpiente sobre un nopal en el centro de un lago. Representa la señal que los mexicas, procedentes de Aztlán, buscaban en su inmigración hacia el sur para fundar una nueva ciudad: Tenochtitlan (lugar del tunal en la piedra).

-¿Y cuáles son sus componentes, papi?

-Los elementos que conforman este escudo son: un águila en actitud de combate; una serpiente de cascabel que está sujeta por las fauces y una de las patas del ave; un nopal con cinco pencas sobre el que se posa el águila y que, además, muestra algunas inflorescencias; un islote sobre el que se sitúa el nopal, que es el corazón de Copil, primer sacrificado a Huitzilopochtli.

-¿Qué son inflorescencias?

-El conjunto de flores que nacen agrupadas de un mismo tallo.

-¿Y cuál es el significado de los elementos del escudo nacional?

-El águila es el icono del pueblo mexicano y su pose combativa significa que estamos listos para enfrentar los retos que la vida y el mundo nos

presenten; la serpiente personifica a los enemigos de México que, aunque no se identifican, podrían ser la metáfora de cualquier interés extraño que intente dañar a la nación. El que la víbora esté siendo devorada por la rapaz ave se interpreta como que el pueblo mexicano prevalecerá sobre sus adversarios. El nopal, con sus espinas, representa los retos y problemas de nuestro país. Por eso, el águila, desafiantemente parada sobre éste, significa que el pueblo mexicano sobrellevará esos desafíos. Los símbolos aztecas del islote y el agua incorporan los orígenes indígenas de México, los cuales prevalecen a pesar del mestizaje heredado por nuestra historia. Finalmente, las ramas de laurel y encino que rodean a la insignia representan la victoria y martirio de quienes han dado su vida por la patria mexicana.

-Es hermosa la historia de nuestro escudo nacional, padre.

-Así es, hijo, principalmente, porque el águila es la reina de las aves. No se intimida por las alturas, ni por los fuertes vientos. Cuando las atacan, simplemente vuelan más y más alto hasta que alcanzan una elevación donde sus enemigos no pueden sobrevivir. O dejan caer a su presa, que muere de inmediato por el impacto contra el suelo. Son majestuosas, sabias.

-¿Y es cierto que son las aves más longevas, papá?

-Así es, hijo. Viven 70 años. Pero para alcanzar esa edad, al llegar a los 40 vuelan hacia lo alto de una montaña y se quedan ahí, en un nido cercano a un paredón, en donde no tengan necesidad de volar. Entonces comienzan a golpear su pico contra la pared hasta conseguir arrancarlo. Luego, deben esperar el crecimiento de uno nuevo, con el que desprenderán una a una sus uñas. Cuando las lozanas uñas comienzan a crecer, tendrán que desplumar sus plumas viejas y aguardar a que renazca su plumaje. Después de cinco dolorosos meses, emprenden su vuelo de renovación y... ¡a vivir 30 años más!

Emocionado, Pablo observó con admiración el escudo nacional. En la reconditez del silencio, muchos pensamientos vinieron a su mente. Después de un rato, se dirigió a su progenitor:

-¿Sabes, papá? Creo que el águila real nos ha dejado muchas lecciones. Si ella nos representa, entonces debemos seguir su ejemplo y no dejar que nos arrastren el pesimismo, la indiferencia y el conformismo que pudieran ocasionar los problemas cotidianos. México es más grande que todas esas cosas y los mexicanos debemos demostrarlo con hechos, elevando nuestro vuelo como las águilas. Y cuando se agoten nuestras esperanzas, debemos renovarnos, pero nunca darnos por vencidos.

-Así es, hijo. Somos guerreros, somos caballeros águila. Estoy orgulloso de ti.

Ambos se abrazaron y contemplaron juntos el atardecer.

ENSAYOS SOBRE EL AUTOR

LOS HIJOS DESOLADOS DEL BLUES: O EL MÉXICO DEL TE KILL A

**Lucero Mercedes Cruz Porras

<<Sociable. Me gusta escribir cuentos y colaboro con algunos periódicos. >> Parece una sencilla auto-descripción para un escritor publicado, un Maestro al que le bastan setenta y un caracteres / diez palabras para resumir la historia de su vida.

Adán Cabral Sanguino nació en Córdoba el 27 de septiembre de 1971, a ciento setenta y seis kilómetros de la ciudad de las flores, en el Estado del café y la danza del zapateo sobre tarimas, Veracruz. Con cuarenta y dos años cumplidos, ha publicado tres libros de cuentos: *El cuadro inconcluso* (1999), *Tequila & Blues* (2005) y *El deporte de la vida* (2007), con los que se ha dado a conocer ante la comunidad literaria del país, manteniendo un estilo propio destacable, que explora los placeres del minimalismo. Adán pertenece a la generación del 95', año en el que concluyó sus estudios en la Universidad Veracruzana, también el año de mi nacimiento, que marcaba un destino que compartiríamos como "estudihambres" de una licenciatura noble, llena de letras corriendo como versos, de alegrías con una gramática estructurada. Así, pues, Cabral obtuvo el título de Licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas, para despegar al universo infinito, ese que sólo necesita páginas para viajar y un poco de tinta para nunca aterrizar.

Como profesionalista, Adán ha aceptado su deber de transmitir sustanciales conocimientos y experiencia atesorados, en la formación de jóvenes inmersos en el área de las humanidades, laborando como docente en una secundaria técnica y en una reconocida Universidad con campus en su ciudad natal; cimentando pues, valores que encaminan virtudes, brindando herramientas y estrategias a incautos lectores que buscan un par de alas, de esas invisiblemente emplumadas.

Tequila & Blues, es la segunda entrega del escritor publicada en el año 2005. Alcanzó una distribución de mil ejemplares, impresa en los talleres de la Editorial en la Ciudad de México. Es un diario de bolsillo, un cuaderno con cubierta de piel que murmura los sueños y pesadillas de un hombre que goza modulando la frecuencia de la cotidianidad, con un canto que olvida lo dulce y arrebatada a carcajadas la esperanza, en una realidad sucia que delira en vecindades con paredes cuarteadas, tras una larga espera en algún cuarto de hotel con cortinas aterciopeladas. Es el cuadro inconcluso de un milenio que agrieta el tiempo, ese tiempo que se vuelve oro, del oro pulido que se convierte en dinero. De las grandes ciudades con calles apestosas y charcos grises que rebotan falacias enmascaradas de ingenuidad, con vagabundos vanidosos que cuentan historias gastadas de un hogar lejano, jugando con muñecas de plástico en un carrusel de feria que rechina. Es el rosario en la mano de una madre devota que recorre con las yemas de unos dedos artríticos las cuentas cristalinas, perfumadas y brillosas, recitando un Padre nuestro estridente, orando por la castidad mermada de una hija que grita en nombre del milagro en el lugar donde conoce el pecado.

Así es como comienza el relato, de un chico con palabras escandalosas y títulos enigmáticos, que tal vez escuchaba en un estéreo barato a Sidney Bechet, el Grande, con los ojos cerrados por aquel clarinete que aromatizaba el salón de fiesta con un *Blues in the air*. Con relatos que desatan las noches errantes de personajes olvidados, con barbas sucias y cicatrices largas, pintando escenas verdosas con olores fétidos.

“Cada vez somos más adictos al tequila y al blues”, aseveración que demuestra Adán en veinticuatro relatos cortos, que comparten una fórmula única y rodean el tema de la soledad y la decadencia, en una sociedad dañada y perdida, de una generación confundida. *Tequila & Blues*, la segunda obra del escritor, contiene la interpretación del mismo relativa a diversas escenas urbanas, propias de un realismo sucio, probablemente siguiendo los pasos de los representantes de éste género: John Fante, Raymond Carver y Charles Bukowski; con una narración mesurada que enfatiza una descripción de naturaleza superficial.

Esta literalidad minimalista bien lograda, no impide al leyente la comprensión de cada escena; más aún, le brinda una libertad singular que expande posibilidades, pues al emplear la alternancia de cortos o escasos adjetivos, el lector puede reinterpretar la realidad planteada y así abstraerla para recrearla y modificarla en su imaginario, haciendo de cada cuento una nueva ficción, individualizando la narrativa en una invención personal que llega, incluso, al plano de lo confesional.

La pieza resulta, por lo tanto, fundamental, pues toda confesión conlleva a una identificación empática, y cuando esta fusión de ideas logra una conexión autor-público, sucede una catarsis con efectos trascendentes en ambos lados, en ese momento se tienden puentes por medio de las palabras, puentes que son sólidos; la vía precisa que traza el camino de un mensaje fructífero, con una intención integrada de inquietudes guardadas con el paso de capítulos enteros.

En los cuentos “Murmullos” (p. 12) y “Delirium tremens” (p. 63), se observa una evolución del deleite sexual en la vivencia de los personajes, quienes se contextualizan en ambientes diferentes, pero se conectan en la fantasía burbujeante de una noche orgásmica, que desenlaza, para el primer título, en una continuidad de un acto placentero cobijado por una obscuridad cómplice del deseo. El final del segundo relato (y último en el orden del libro) resulta una delicia para la imaginación de quien lo lee, pues confiado en una línea de comodidad de una experiencia común para el espectador, al llegar al último párrafo de la historia, la trama da un cambio completo, con una sorprendente casualidad que gira el sentido total de las consecuencias de una noche, de aquellas que rebosan de excesos y una libido paradisiaca desencadenada.

“Tequila and Blues” (p. 14), cuento homónimo y pieza central del libro, narra la historia de “El Vitaminas”, un criminal defeño que encajaría perfectamente en alguna obra al estilo Paco Ignacio Taibo II en *Olga forever* (Planeta, 2012). Innovando con descripciones prematuras, sumamente concisas. El relato número seis codifica la escritura del autor, cifrando una tendencia implícita hacia la crónica policiaca, que reitera un interés intrínseco por temas tangibles-casi-pesimistas, como el alcoholismo, libertinaje sexual, la violencia y delincuencia, el abandono. La podredumbre de una vida consumida por el licor que regurgita autodestrucción.

“TOMA, come, sueña Coca Cola. Aspirina, rápido alivio. Muérete hoy, paga mañana (ofrecemos quince por ciento de descuento).” La crítica encolerizada de Sanguino en “Cotidianidad” (p. 40) a una sociedad infectada por las compañías que bombardean las pantallas con publicidad, que han emprendido una destrucción masiva en todos los estratos económicos, creando una adicción que dejó de ser insólita el siglo pasado. Luego de un recorrido guiado por todas las marcas registradas en el inventario de consumo del jornalero promedio, la aventura finaliza con una amistosa invitación del escritor a su clientela: “Compra, consume, vive y muere de ilusiones”.

Hablamos de peligros, como de estar vivos; porque lo malo no es muy malo, ni lo bueno, tan bueno. *Tequila & Blues* es la travesía nocturna que no se detiene en los semáforos con luces preventivas, es tomar riesgos. Interpretar la obra es exponerse a un auto reconocimiento en páginas que se vuelven espejos donde vemos un retrato esquivo. Es la síntesis anecdótica de lugares que tienen un-mil-catapláncataplumtintínrataplán desquiciantes nombres, con escandalosos registros en el *check-in* de la recepción. Una fábula sin moraleja, que no implica juicios ni sermones; que evita tediosas lecciones de moral estudiadas. El libro es una danza irónica en bares con luces de neón, donde se desquita una lista vacía en la bandeja de entrada de un hombre que espera un-ningún mensaje. Leer la obra es arrebatarse a carcajadas, hasta sofocarse de rabia. Adán atusa sus relatos con recortes de imágenes en algún periódico rojo. Establece un romance voluptuoso entre solitarios rencorosos.

El autor advierte un florecimiento sensual en sucesos alejados de perfecciones, divisa el caos en los intrépidos lectores que desatienden a las notas precipitadas en las precoces hojas que descansan al final de una botella alucinante abrazada por un Diablo que bebe La tequila que aniquila. Así pues, saldo cuentas con Adán, sin la intención de ofrecerles disculpas por este texto bohemio, “sin embargo, me serviré otro tequila, escuchando, por supuesto, un refrescante blues”.

*Apaga la colilla en el cenicero.

** Ensayo leído durante el XII Encuentro de Literaturas “Escritores en Veracruz” en Homenaje a Sergio Galindo. Dicho evento fue organizado por la Facultad de Letras Españolas de la Universidad Veracruzana los días 7 y 8 de noviembre de 2013.

EL FRACASO DIARIO DE LOS HOMBRES INCIRCUNCISOS

**Ricardo Brito Ramos

“Deporte: yo creo que habría que inventar un juego en el que nadie pierda”.

—Jorge Luis Borges

Victorias van, victorias vienen, el fracaso está a la vuelta de la esquina. En los últimos días he leído el libro de cuentos *El deporte de la vida*, en dicha obra se presenta la vida diaria comparada con diversas disciplinas físicas y deportivas. El autor de estos cuentos es el escritor veracruzano Adán Cabral Sanguino, nacido en Córdoba el 27 de septiembre de 1971, estudió la licenciatura en Literatura y Lengua Hispánica por la Universidad Veracruzana (UV), ganador del “Certamen Estatal de Cuento” en 1993 y el “Concurso Nacional de Narrativa Juegos Flores de Orizaba” en 1996.

Sanguino, en su obra, presenta los diversos relatos que dan cuenta de la vida que acontece en el entorno, en la existencia habitual, además de querer dar un toque de realista a la obra y esto lo lleva a plasmar una idea cruda, pero cierta, de lo que resulta ser un hombre natural, un hombre de la vida cotidiana. Los personajes de los cuentos son comunes y corrientes; en la mayoría de los relatos, abandonan sus metas al verse ahogados por el mar de la derrota, terminando así en fracaso. Mencionaré, antes de seguir, el prólogo de Juan Villoro titulado “El feroz y corrosivo arte de perder el juego”, en donde da a conocer la idea del fracaso en los deportes en la obra de Vicente Leñero *Los perdedores*, y debo aclarar, hago esta referencia debido a que Sanguino en su libro, plasma la idea de comparar la vida con el deporte, lo que me permite tomar de referencia el texto de Villoro que nos habla de la derrota y el triunfo como un todo en las disciplinas deportivas, donde sólo hay dos líneas a seguir: o eres vencedor o eres perdedor, de una forma u otra tienes que inclinarte a un lado de la balanza. Y por si fuera poco, nos dice que quienes observan el deporte recordarán siempre las derrotas y las victorias, creando así prejuicios para los encuentros deportivos. “¿Cuánto duran las contien-

das deportivas? Según los árbitros, diez rounds, nueve entradas, cuatro tiempos, noventa minutos. Sin embargo, el aficionado con taquicardia, es decir, el auténtico, sabe que las tragedias o las glorias del partido lo acompañarán toda la vida.” (Villoro, pág. 7) Los personajes de *El deporte de la vida* tienen que tomar uno de estos dos caminos, derrota o victoria. Ahora bien, en la mayoría de los cuentos, como ya lo habíamos dicho, los protagonistas se van por la vía del fracaso y veremos, seleccionando algunos de los 18 cuentos del libro, el porqué estos personajes tiran la toalla y se dejan derrotar. Sacrificando un pequeño lapso de tu vida, puedes obtener la victoria total, pero esto sólo sucede si te lo propones, y como lo diría un libro de superación personal, si es que realmente deseas hacerlo. Veamos el cuento “Aeróbicos” que narra la historia de una señora de nombre Marcela. Esta señora pretende realizar la disciplina física del mismo nombre que el título del cuento, pero su dieta desordenada impide que la actividad surta efecto en ella, hasta que un día decide abandonar su práctica y de esa forma “*los zapatos deportivos con válvulas de aire terminaron en el cesto de basura*”. Pareciera que Marcela no comprendió lo que significa disciplina y como Juan Villoro dijo “las tragedias o las glorias del partido lo acompañarán toda la vida”; por la falta de constancia, Marcela, ha logrado perder la oportunidad de la victoria. Pero ¿por qué fracasó, cuál fue la razón de la derrota? Analicemos la situación, Marcela dejó la actividad al no ver resultados y esto nos deja ver que la declinación vino por el sentimiento de frustración, no logró ver lo planteado por Villoro anteriormente, no vio que sacrificarse en disciplina un breve lapso de su vida le traería esa victoria que la acompañaría toda la vida, ahora tendrá que sujetarse a la derrota que estará en sus recuerdos constantemente. En otro cuento podemos también observar este sentimiento de frustración, estoy hablando del relato “Ciclismo”, historia que nos narra la decisión de un ciclista de abandonar las calles al denunciar un ilícito donde alguien en bicicleta, fue arrollado y murió posteriormente; el mismo personaje nos dice: “*Denuncié el ilícito, pero, como usted sabe, en estos tiempos no sirvió de algo*.” Es frustración la que se presenta en el cuento, aunque no de la misma fuente que la del relato “Aeróbicos”, sino que muestra el sentimiento a partir de la injusticia, obligándose así mismo a dejar la actividad.

En el texto de Villoro se menciona: “Entrar en el estadio es ingresar al entorno de los caprichos compartidos, la ciudadela donde las emociones se organizan conforme a otras reglas.” Si queremos ver esto desde la perspectiva de la vida misma, como lo concibe Sanguino en su libro de comparación entre el deporte y vida, diríamos que el mundo entero sería el estadio y al ingresar ahí, al mundo real, uno se probaría de qué está hecho, si los propios prejuicios y la falta de disciplina traen esa frustración o si bien, ese sentimiento viene de las injusticias de este mundo. De cualquier forma, la frustración trae el fracaso para los personajes de los cuentos de Sanguino.

Hay un relato en donde la derrota y la frustración no se encuentra de manera tan explícita como en otros, sino que sólo se puede apreciar viéndolo desde la perspectiva del narrador, pues el personaje principal de dicho cuento, logra, de alguna manera, superar los obstáculos, los desaires, la deshidratación que le impiden llegar al kilómetro final, estoy hablando del cuento “Maratón” que ilustra la vida entera como una constante carrera, donde el objetivo es llegar a la meta. El protagonista de dicho cuento supera las dificultades mediante el constante correr sin parar: “*Correr, correr, correr. En este mundo de prisas y ajeteos, el lento se queda. Por eso fuiste entrenado desde la infancia, para correr, ¿recuerdas?*”. El personaje principal logra llegar a la meta superando las dificultades, entonces, ¿dónde está la derrota? Esto sólo se aprecia viéndolo, como ya lo habíamos mencionado antes, desde la perspectiva del narrador, quien cuestiona el correr del protagonista mediante la ironía y el sarcasmo: “*Estas vivo. Eso es maravilloso, mas no lo adviertes porque sólo piensas en la meta a la cual, quizás, no llegues. Sí, ya sabemos que, en tal caso, dirás que moriste en el intento.*” Al finalizar el relato, el protagonista llega a la meta; pero es entonces cuando el narrador se propone frustrar la situación, cuestionando si realmente hubo victoria, si realmente ganó algo, si valió la pena el sudor derramado en la competencia: “*Llegas a la anhelada meta. Aplausos, felicitaciones. Ahora, tienes sesenta años. ¿Seguirás corriendo?*”. El narrador nos revela la verdad tras esta supuesta victoria.

Para continuar con el texto, mencionaré que Sanguino muestra otro tipo de final en sus cuentos, que podría traducirse como un fracaso sin frac-

sar, pues algunos de los personajes no pierden, no abandonan sus actividades, pero tampoco triunfan, tal podría ser el caso del cuento "Grand Prix" en donde un taxista, de nombre Alberto, conduce toda la noche para satisfacer las necesidades económicas que le acarrean sus problemas personales. El autor menciona lo siguiente en el texto: "*la rutina de los taxistas parece el recorrido de un Grand Prix, el cual se traduce en el sueldo del día.*" El protagonista del cuento, durante su jornada de trabajo, recorre toda la noche las calles cual si fuera un corredor de la fórmula 1 y, al final del cuento, se menciona lo siguiente: "*Alberto ha ganado el Grand Prix de la jornada. Mañana será otro día*". El personaje principal no perdió en el cuento; sin embargo, esa idea de perpetua jornada, esa rutina laboral que se repetirá sin parar causa cansancio y, en cierta medida, frustración que se podría traducir en un triunfo sin sentido, casi como el mencionado en el cuento "Maratón".

La realidad cruda de Sanguino causa este tipo de finales, en donde los personajes son derrotados y, de no ser el caso, son inmersos en la frustrada cotidianidad de sus labores. Podríamos enumerar los cuentos que hablan sobre el fracaso explícito en los cuales los protagonistas tiran la toalla, se retiran, dejan a un lado su actividad. Dichos cuentos, en los que se presenta estos casos son: "Carrera de velocidad", "Aeróbicos", "Boxeo", "Maratón", "Carrera de relevos", "Ciclismo", "Esgrima", "Scrabble", "Pesca", "Ajedrez" y "Caminata". Por otro lado están esos que mencionamos, en donde los protagonistas están sumergidos en lo frustrante de la jornada cotidiana o que simplemente no pierden en sus actividades; pero tampoco triunfan, tales cuentos son: "Serpientes y escaleras", "Mirlonga futbolera", "Natación", "Grand Prix", "Basquetbol" y "Patinaje artístico". Estos son los cuentos que Sanguino escribe en su libro *El deporte de la vida*; pero, si hacemos cuentas, en la lista anterior sólo aparecen 17 cuentos, y el libro de Sanguino contiene 18 relatos, entonces, dónde queda clasificado el cuento faltante, qué sucede con el protagonista de éste. Resulta que el cuento "Salto de obstáculos" podría ser la excepción de la constante tragedia del fracaso, pues el protagonista del relato obtiene algo que los otros personajes no consiguen, él sí logra obtener una victoria verdadera; pero ¿cómo es esto posible? Analicemos, el cuento trata acerca de un sujeto que está inmerso en la depresión amorosa que le dejó

una antigua relación ¿cómo superó esto? La clave está en el siguiente fragmento de la historia: “comenzó a entrenar para el olvido. Entendió que todo era cuestión de actitud.” Él no hizo lo mismo que los personajes de los otros cuentos, no actuó de manera aprensiva sino que reflexionó acerca de la situación y se dio cuenta de la respuesta: la actitud. Villoro dice que “*los deportes ocurren en la arena y en la mente del espectador que compara las jugadas con lo demás que ha visto desde la tribuna*”, es decir, hay que aprender a reflexionar sobre lo que vemos, sobre lo que hacemos, no sólo actuar por actuar y el protagonista de “Salto de obstáculos” aprende bien esto, convirtiéndose así en campeón olímpico y me parece curioso que el protagonista del cuento, con la única victoria verdadera, se llame Adán, como el autor del libro. ¿Será acaso coincidencia? Dejemos la pregunta abierta para reflexionar y retomemos lo que es logrado en el relato, pues el triunfo no vino sólo sino que llegó acompañado de esa victoria que lo seguirá por siempre, tal como se dijo anteriormente citando a Villoro. Esa aclamada victoria se demuestra en el siguiente texto: “*Hoy, Adán es campeón olímpico en la prueba de salto de obstáculos mentales, o del olvido, que es exactamente lo mismo*”. Decir campeón olímpico se traduce a profesional, Adán, el personaje del cuento, demuestra que su triunfo cambió el curso de su vida, pues ahora, al ser profesional, ya conoce la manera de superar las situaciones adversas, no desistió sino que soportó todo el tiempo que dura la prueba atlética, no paró sino que continuó hasta el triunfo, un triunfo que realmente se traduce en la gloria que lo seguirá por la vida entera.

El triunfo o el fracaso, la gloria o la frustración, los caminos elegidos por los personajes de los cuentos de *El deporte de la vida* terminan por el camino de la derrota, aunque no siempre de manera tan explícita, pero de una forma u otra quedan frustrados y eso se traduce en pérdida. Aunque vimos que en un cuento no sucede esto, sino que obtiene victoria total en la disciplina. Reflexionar y detenerse a pensar sobre la situación es lo que nos enseña Cabral para no caer en fracaso, es disciplina, es contante entrenamiento, y duro trabajo que no se hará sólo: “*El salto de obstáculos mentales necesita, sin duda, un fuerte entrenamiento y una determinante voluntad para su pleno ejercicio*”. Villoro menciona el triunfo y la derrota como una balanza, y vemos, a través de los cuentos de Sanguino, que el poco esfuerzo, el desinterés y la falta de disciplina hace subir, a sus personajes, del lado

oscuro de la balanza, el lado del fracaso junto a la banca de los jugadores de tercera. Sanguino plasma lo que ve, lo que acontece, y lo hace de una manera breve, clara y certera, realmente nos muestra la realidad palpable, esa realidad que nos recuerda que todos buscamos la victoria, victoria que muy pocos encuentran. Al fin y al cabo, este es, como dice el autor: “*El maratón de la vida que te lleva por caminos insospechados*”.

Bibliografía:

Cabral Sanguino, Adán. *El deporte de la vida*. Editora de Gobierno del Estado de Veracruz, México, 2007.

Leñero, Vicente. *Los perdedores*. Ediciones El Milagro, México, 1996.

** Ensayo leído durante el XII Encuentro de Literaturas “Escritores en Veracruz” en Homenaje a Sergio Galindo. Dicho evento fue organizado por la Facultad de Letras Españolas de la Universidad Veracruzana los días 7 y 8 de noviembre de 2013.

**ARTÍCULOS
PERIODÍSTICOS**



DE VOCEADOR A PERIODISTA: UN MUNDO DE RECUERDOS

El Mundo de Orizaba trae a mi mente gratas remembranzas que se remontan a mi infancia. Aunque nací en Córdoba, esta etapa de mi vida la ubico perfectamente en Pluviosilla.

Si la memoria no me falla, en 1982 trabajé como voceador para el periódico mencionado. En ese entonces, las oficinas estaban en Oriente 6, entre Sur 15 y 17, y el despacho de distribución se encontraba en Madero y Oriente. No había teléfonos móviles ni tampoco Internet, por lo que los medios impresos de información eran de vital importancia.

En aquellas madrugadas, los niños y jóvenes voceadores llegábamos en bicicleta o a pie y nos sentábamos a platicar en la banqueta, esperando a que doña Clarita abriera y repartiera los rotativos. Y así, caminando largos tramos y algunas calles en deplorables condiciones (por eso le decían Orizabaches), íbamos los niños gritones apurando el paso, pues la gente salía pronto a la escuela o al trabajo y había que llevar la noticia a la hora del desayuno, en virtud de que había pocos puestos de revistas y, si llegábamos después de las 10 de la mañana, la venta se complicaba. Los voceadores éramos fieles al diario por el que nos poníamos la camiseta: *El Mundo* o *El Sol*, aunque después vimos que no había nada de malo en intercambiar algunos ejemplares, con el riesgo muy personal de no vender el periódico de la competencia y terminar pagándolo uno. Y la empresa también fue espléndida con nosotros: aún recuerdo aquellos convivios de Navidad y Día del Niño, o cuando se enfermaba alguien nos apoyaba en lo posible.

Ya después vendría mi época como corresponsal del Diario de Xalapa, y hoy como *freelancer*, pero, sin duda, *El Mundo de Orizaba* dejó huella en mi vida y en él recorrí mis primeros pasos en el periodismo.

* Artículo publicado en la edición especial del 50 Aniversario del periódico *El Mundo de Orizaba* (2013).

ORIGEN DE LAS CALAVERAS LITERARIAS

En México, la tradición de las calaveras literarias, tal como las conocemos ahora, surgió, al igual que la de las catrinas, a finales del siglo XIX, como una expresión crítica del pueblo contra la élite porfirista, y semejan un epitafio hecho con motivo del Día de Muertos. Sin embargo, la costumbre tiene sus orígenes en la época colonial y se vincula con ciertas expresiones de religiosidad ibérica de la alta Edad Media, como *la Danza Macabra* o *Danza de la Muerte*. Se enriqueció en la Nueva España con elementos prehispánicos, como el culto a *Mictlantecuhtli* (dios de la Muerte), los *tzompantlis* (troncos de cráneos de sacrificados y posible origen de las calaveritas de dulce) y la poesía precortesiana.

En la época novohispana, se relacionó las calaveras con la supuesta madre Matiana o del Espíritu Santo —oriunda de Tepetzotlán, estado de México—, a quien le atribuían profecías y epitafios que se transmitían oralmente. De acuerdo con registros históricos, esta mujer nunca fue monja. Lo cierto es que ingresó al Convento de San Jerónimo para servir de criada a una religiosa que sufría demencia.

La censura colonial prohibió la libre circulación de estas composiciones en las gacetas y otros medios impresos, por considerarlos irreverentes. No sería sino hasta el siglo XIX que estos versos satíricos aparecieron nuevamente impresos. Las más antiguas que registran las hemerotecas disponibles datan de 1849 en el periódico “El Socialista”, que editaba en Guadalajara, Jalisco, el médico italiano José Indelicato.

Actualmente, las calaveras son epigramas o versos rítmicos de rima variada cuyo motivo principal es la muerte, haciendo de ésta un pretexto para efectuar una parodia de personas —presentadas como ya difuntas— o acontecimientos políticos o culturales. Las características que generalmente se aprecian en dichas creaciones líricas son ingenio, ironía, sutileza, caricatura, rima y musicalidad.

Considerada la calavera como una composición poética, en algunas instancias donde celebran concursos de estas composiciones festivas piden que los textos (o cibertextos, en el caso de las calaveras electrónicas) participantes cumplan con cierta estructura (cuartetos, versos octosílabos o decasílabos, simetría de estrofas, etc.), aunque no siempre cumplen estos requisitos, pues estos versos satíricos se han convertido en una serie de rimas y frases jocosas creadas por el pueblo para burlarse en vida de los políticos nefastos, los funcionarios corruptos y hasta de la propia muerte, dado nuestro profundo sentido del humor que tenemos hacia ésta en nuestras amplias y variadas manifestaciones culturales.

Para la composición de calaveras literarias se requiere, sin duda, creatividad y observación de algún rasgo o cualidad del tema o persona a ridiculizar. Enseguida, se relaciona con una situación fúnebre, se juega con el lenguaje hasta encontrar la rima, se corrige los borradores y se redacta la versión final. Seguramente, será una experiencia divertida para usted en esta temporada. Escríbala, no importa que no rime. Lo importante es reírnos un poco de algunos políticos funestos que han hecho de nuestro país un cadáver económico y social.

LA HILOGRAFÍA DE GERARDO BANDALA

Gerardo Bandala Torres es el ícono de la hilografía en México, entendida ésta como el arte de lograr originales imágenes mediante hilos. Ha presentado su obra un sinnúmero de veces en diferentes espacios y lugares de la república mexicana e, incluso, parte de su obra ha llegado a Estados Unidos de Norteamérica y España.

El valor artístico de sus obras lo dan el color, la textura, la imaginación, la sensibilidad y, a través de ellas, expresa sus ideas que se plasman en un singular enredo.

Nació en Orizaba, Ver., el 1° de junio de 1944. Hijo de Ángela Torres Flores y Guillermo Bandala Celis, creció al lado de sus hermanos Guillermo, Arturo, María Elena y Rosario.

Comenzó haciendo retratos a lápiz en su juventud, pero descubrió, de manera oportuna, que dicha práctica no le satisfacía del todo. En cierta ocasión, al barnizar una mesa de su hogar, borró accidentalmente una figura geométrica que ésta tenía como adorno. Para corregir su error, le colocó hilos y la volvió a barnizar. Con este ingenioso remedio, descubrió una técnica artística que, con el paso del tiempo, desarrollaría de manera magistral.

En 1970 comenzó a trabajar en la fábrica textil de Río Blanco, Ver., primero como obrero y, después, como empleado de confianza. En 1971 contrae nupcias con Victoria Corona Contreras.

En 1980 asciende como subdirector del Departamento de Tejidos, donde tendría a su disposición hilos para sus ensayos plásticos. Sin embargo, no hurtó siquiera un metro de hilo, sólo los expropió, como revela en entrevista.

En 1981 realizó su primer cuadro titulado “La fiesta de color”, el cual mostró a su amigo Juan Laredo Acuña, quien, al verlo, expresó una profunda admiración por ese trabajo y lo motivó a continuar con ese incipiente arte.

En 1986 expone en la Escuela Superior de Ingeniería Textil del Instituto Politécnico Nacional, donde es nombrado creador de un estilo dentro de las artes plásticas: la hilografía.

En 1990 renuncia a la fábrica para dedicarse de tiempo completo a su arte. Por extraña coincidencia, al año siguiente, dicha empresa cerró sus puertas para siempre.

En 1992 empieza a trabajar en la Escuela Industrial de Nogales, Ver., a invitación de las maestras Blanca Nieves Larios Pastrana y Magdalena Osorio Vázquez. A la fecha, aún labora ahí.

Durante la década de los noventa, colabora con el Instituto Mexicano del Seguro Social y con el Centro de Atención Múltiple No.15 dando clases a niños y jóvenes con capacidades diferentes. Asimismo, ha impartido talleres en reclusorios, centros religiosos y en el Centro de Rehabilitación Integral de Orizaba. No es de extrañar entonces que, recientemente, el IMSS haya denominado su trabajo plástico como hiloterapia, la cual representa un apoyo para la recuperación de personas discapacitadas.

La exploración artística de Gerardo Bandala lo ha llevado a la constante experimentación. Inició haciendo cuadros interpretativos en hilografía. Posteriormente, elaboró *hiloramas* (figuras rebordeadas) para satisfacer la demanda comercial. En la actualidad, realiza cuadros ensamblados, que son hiloramas dentro de una hilografía. Del mismo modo, empezó utilizando materiales como algodón, poliéster, nylon, lurex y la pliana. Al presente, usa el polipropileno, material que tiene mayor resistencia a la decoloración y al desgaste.

En cuanto a la elección de los colores, Bandala se dejó llevar, al principio, por la intuición. Hoy en día, explora los matices a través de la colorimetría y, con base en ella, manufactura sus cuadros.

Entre las exposiciones más relevantes de su amplia trayectoria, podemos enumerar las del Instituto Politécnico Nacional (1986); Museo de Antro-

pología de Xalapa, Ver. (1991); Museo de Artes Visuales de Tehuacán, Pue. (1993); Museo del Estado de Tlaxcala, Tlax. (2003) y en el World Trade Center de la Ciudad de México (2008), representando al estado de Veracruz en la Expo Decoración y Regalo de la AMFAR.

Cabe mencionar que, en México, no hay hilografista alguno. Existen trabajos sencillos en hilo o, incluso, hiloramas en León, Guanajuato, a los que se tiene fácil acceso a través de la Internet. Y, si bien es cierto que existen tejedores artesanales en el país –como en Saltillo y Oaxaca-, los bordadores de Aguascalientes y los deshiladores de Jalisco, ninguno de ellos trabaja el *sobrehilado*, que es la artesanía orizabeña creada por Gerardo Bandala.

Por lo anteriormente expuesto, se puede decir que la hilografía de este artista veracruzano es un bello enredo logrado con el paciente manejo de los hilos, cuyos temas recurrentes son lo religioso y los retratos en filamento textil, y que su obra ocupa un lugar relevante dentro de las artes plásticas contemporáneas de México.

JOSÉ EMILIO PACHECO: EL ESCRITOR DEL TIEMPO Y LA DISTANCIA

Como hablar de José Emilio Pacheco (Ciudad de México, 1939-2014) desde la crítica literaria es tan vasto y muchas brillantes plumas lo han hecho ya, prefiero evocar su presencia en mi modesta vida como escritor.

Mi primer encuentro con él fue en la universidad, cuando estudiaba Letras Españolas, particularmente, con *El principio del placer*, *El viento distante* y *Morirás lejos*, libros que me cautivaron por su excelente factura narrativa y dominio del lenguaje. Desde ese momento, comencé a leer su obra con el asombro de todo aprendiz de brujo ante su maestro.

Años después, ya ejerciendo la docencia, descubrí las inmensas posibilidades de generar la creatividad literaria en mis alumnos con *Las batallas en el desierto*, novela que el grupo de rock “Café Tacuba” convirtió en canción como parte del disco con título homónimo y con el cual se dio a conocer en 1992. Está por demás recordar que, además de la música, José Emilio Pacheco fue también inspiración en el cine y el teatro.

Coincido con los estudiosos de su obra en que el estilo de sus textos es conversacional, claro y antirretórico—aunque también era un apasionado de la metáfora—, lo cual los hace engañosamente sencillos; en su narrativa, se aprecia el deleite por los relatos inesperados, la magistral descripción de los ritos de iniciación, los ambientes fantasmáticos y la experimentación con renovadas estructuras y técnicas en el arte de contar historias.

En poesía, señaló Carlos Monsiváis que Pacheco ajusta sus dones melancólicos, su pesimismo como resistencia al autoengaño, su fijación del sitio de la crueldad en el mundo y su poderío aforístico. Y ni qué decir del tiempo, el leit motiv de su lúcida obra, pues él mismo consideró que el poeta es el crítico de su tiempo y un metafísico preocupado por el sentido de la historia.

Por lo anteriormente expuesto, me atrevo a afirmar que José Emilio Pacheco es nuestro Borges mexicano. Acepto reclamaciones.

Pero el momento más emotivo, al menos para mí, fue el 4 de septiembre de 2009, cuando tuve el gusto de conocerlo y de intercambiar una breve charla sobre el oficio del escritor. Ese día, la Universidad Veracruzana lo invitó a la Feria Internacional del Libro Universitario, en Xalapa, para celebrar sus setenta años de vida. Horas antes, presenté uno de mis libros y decidí quedarme para verlo. Caminando por el paseo de Los Lagos, lo abordé y hasta nos tomamos la foto del recuerdo. Poseedor de una enorme sencillez, José Emilio Pacheco declaró, meses después, que dedicaba el Premio Cervantes de Literatura a los escritores latinoamericanos desconocidos (entre los que me siento incluido) y se quejó de lo poco apreciada que es la literatura en México, un arte en el que se invierte –dijo– el 0.1% de lo que se dedica al fútbol.

Finalmente, me sorprendió la noticia de que su viuda, Cristina Pacheco, cumplirá el deseo del autor de *Los trabajos del mar*: esparcir sus restos en el puerto jarocho. “Mientras viva, no me iré de aquí, Veracruz vive en mis páginas; y ya que no pude nacer aquí, pido a su mar que se apiade de mis cenizas” expresó alguna vez José Emilio Pacheco. Y es que, curiosamente, el primer municipio de América Latina marcó la vida de amigos y compañeros de su generación como Sergio Pitol, Juan Vicente Melo, Juan García Ponce, Sergio Galindo y Germán Dehesa (1944-2010), quien pidió lo mismo, pero en el río Papaloapan.

Sin más palabreras para un maestro de la palabra.

CERVANTES, EL HOMBRE

Dado que la obra de Miguel de Cervantes Saavedra ha sido analizada de manera exhaustiva por la crítica literaria, en especial, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, su célebre novela comentada por muchos y leída con profundidad por pocos, casi exclusivamente en el ámbito académico, en esta ocasión trataré de revisar la vida de este insigne personaje desde una perspectiva derivada de su propia biografía y de discusiones actuales que ponen en entredicho algunos aspectos de su vida que se habían dado por confirmados.

De acuerdo con la crónica oficial, Cervantes nació el 29 de septiembre de 1547 en Alcalá de Henares, Madrid, en el seno de una familia de clase media acomodada. Sin embargo, recientemente, en España se ha desatado una polémica al respecto desde que el investigador César Brandariz (2011) afirmó en el diario ABC que el autor de *Novelas ejemplares* no nació en Alcalá de Henares, sino en Sanabria, comarca limítrofe con Galicia, León y Portugal

El filólogo afirma que un siglo y cuarto después del fallecimiento del novelista se desconocía su origen. Cuando el primer ministro inglés John Carteret quiere hacer un regalo a la reina Carolina de Inglaterra, aficionada a los libros de caballerías, y manda traducir “El Quijote”, se encuentra con que no tiene información del autor. Entonces, la pide al rey de España, quien encarga al erudito Gregorio Mayáns y Siscar, investigar sobre la vida de Cervantes. Durante la indagación, el lingüista deduce, por unos versos mal traducidos de *El viaje del Parnaso* (1614), que el “Manco de Lepanto” era oriundo de Madrid.

¿Y por qué de Alcalá de Henares? Porque el benedictino Fray Martín Sarmiento dice en “Topografía e Historia general de Argel”, que hay, entre los cautivos, un Miguel de Cervantes, hidalgo principal de Alcalá, lo cual, según César Brandariz, es un error, porque Cervantes ni siquiera tenía tratamiento de don y sus parientes lejanos eran de Alcalá. Se pide al párroco de Alcalá que se busque la inscripción de bautismo y encuentran un bautizado en 1547, hijo de Rodrigo y Leonor. Más de cien años

después, al hacer la copia manuscrita, se le añadió el nombre al margen: Miguel. En 1738 se publicó dicha edición de lujo en Londres con la primera biografía del novelista, tan contrarrestada hoy por el municipio de Sanabria. Y refutada también por especialistas como Francisco Rico.

En cuanto a los restos del creador de *La Galatea*, Francisco Etxeberria, director del equipo de investigación de la Sociedad de Ciencias Aranzadi, no garantizó por completo que los restos hallados en marzo de 2015, en la iglesia de San Ildefonso del convento de las Trinitarias de Madrid, fueran de Cervantes, por carecer de elementos de cotejo como el ADN, aunque admitió que no hay discrepancia alguna en torno a la localización de los huesos con georadar, termografía y modelado láser en 3D. No obstante, el 11 de junio de ese mismo año, la alcaldesa madrileña, Ana Botella, cerró su mandato erigiendo el sepulcro oficial.

Ante ese contexto, no es de extrañar que la Real Academia Española y el Instituto Cervantes criticaran los retrasos en los anuncios de los homenajes a Cervantes, a pesar de contar con un elevado presupuesto para ello y una investigación inconclusa de sus restos.

Otro aspecto interesante de la vida de Cervantes es su espíritu aventurero, el cual lo llevó a incorporarse en el ejército hasta que el 7 de octubre de 1571 resultó herido y perdió el movimiento del brazo izquierdo en la heroica batalla de Lepanto, donde cristianos y musulmanes se enfrentaron por el dominio del Mediterráneo. En 1575 decide regresar a España. Parte de Nápoles con destino a Barcelona, pero poco antes de culminar la travesía, su galera es atacada por corsarios turcos. Es hecho prisionero, llevado a Argel y vendido como esclavo. Ahí vivió en cautiverio durante cinco años. Ya en España, fue arrestado nuevamente diez años después. Sin duda, todas estas lamentables experiencias marcaron su vida y obra para siempre.

Desde una cárcel de Sevilla, en 1597 comenzó a escribir *El Quijote* cuando tenía más de 50 años. En plena madurez y decepcionado del mundo. En cuanto a su aspecto físico, sabemos que Cervantes fue retratado en su tiempo por el pintor Juan de Jáuregui. Sin embargo, todo indica que dicho

retrato desapareció, por lo que la única alusión a éste se encuentra en la autodescripción que el Príncipe de los Ingenios colocó al principio de sus *Novelas ejemplares*, publicadas en 1613, cuando Cervantes tenía ya 66 años. Dicho texto lo describe como un hombre “de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y éstos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies”.

Asimismo, por una carta de Lope de Vega sabemos también que Cervantes usaba anteojos (gafas de pinza) para leer, un instrumento entonces tan caro que, habiéndosele roto los cristales, no quiso repararlos.

En cuanto al contexto que le forjó el temple ante la vida, en la referida autodescripción puntualiza que “[...] Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlo Quinto, de felice memoria”.

He aquí una breve semblanza de Miguel de Cervantes Saavedra, un hombre que según Carlos Fuentes, con *El Quijote*, también nos enseñó a leer de nuevo de manera crítica. Por eso resulta interesante que él, un soldado, con su obra cumbre, se propusiera destruir los libros de caballería después de la amplia difusión que tuvieron éstos en el siglo XVI. En la época de Cervantes se consideraban banales, por lo que el Príncipe de los Ingenios parodia este género mediante lo grotesco y lo absurdo; la comicidad visual (a pesar de que sus obras teatrales no trascendieron); la imposibilidad de ser otro; las pasiones humanas al descubierto mediante personajes contrastantes y complementarios, y la evidente insatisfacción ante el mundo.

Y hay quienes han llegado a tener una lectura esotérica de una amplia simbología en la obra de Saavedra, pero no profundizaré en ello. Prefiero resaltar esa aparente demencia del Quijote que va de la locura a la cordura y viceversa; la condición humana contada por un soñador y los contrastes en la biografía de Cervantes y la vida del Quijote. Lo cierto es que en el IV centenario luctuoso del “Manco de Lepanto”, su obra ha trascendido el tiempo y el espacio en un mundo moderno lleno de molinos de viento y donde todos somos quijotes de nuestro propio destino. Y es de elogiar que los decesos de Cervantes, Shakespeare y el Inca Garcilaso de la Vega, supuestamente todos el 23 de abril de 1616, sean el motivo principal para que la UNESCO creara en esta fecha el Día Mundial del Libro y del Derecho de Autor. Celebremos precisamente leyendo y revisitando la obra de estos genios de la literatura mientras don Quijote y Sancho Panza cabalgan en lo más profundo del alma humana.

ULISES CARRIÓN: UN ILUSTRE DESCONOCIDO DE LA GENERACIÓN DE MEDIO SIGLO

Homenajes van, homenajes vienen. La crítica literaria mexicana reconoce a Juan Vicente Melo, Inés Arredondo, José Emilio Pacheco, Vicente Leñero, Salvador Elizondo, Julieta Campos y José de la Colina —por señalar a los más estudiados— como integrantes de la Generación de Medio Siglo. Y siempre omiten un nombre no menos importante de esa genealogía: Ulises Carrión.

No los culpo: fue voluntad del escritor referido terminar en la amnesia nacional. Sin embargo, con preocupación advierto que se está consumando su paulatino olvido al no encontrarlo, por ejemplo, en los índices onomásticos de *Literatura Mexicana del Siglo XX* de José Luis Martínez y Christopher Domínguez (1995) o en los recientes diccionarios y sitios web especializados, salvo el Catálogo Biobibliográfico de Escritores Mexicanos del Instituto Nacional de Bellas Artes. Al menos apareció mencionado en el prólogo de *El cuento veracruzano* (1966), preparado por Luis Leal, como un autor del cual se esperaba que continuara la tradición del relato breve y que enriqueciera el género con obras de positivo valor. Posteriormente, Mario Muñoz lo analizó con más detenimiento en *Recuento de cuentos veracruzanos* (1991), aunque el estudio de su obra completa sigue pendiente hasta la fecha.

Lo anterior me motiva a conjuntar esta fantasmagórica presencia en la cultura nacional, con el fin de revalorar vida y obra de un impulsor de las nuevas formas de llevar el arte, tales como la Internet y el libro objeto. Sin duda, un visionario cuya inquietud intelectual lo llevó a explorar otros contextos en el extranjero.

Nace Ulises Carrión Bogard en San Andrés Tuxtla, Veracruz, el 25 de enero de 1941. Hijo de Rafael Carrión Enríquez y Sofía Bogard. Su formación inicial la realizó en la Escuela Experimental Freinet, plantel donde la imprenta caracteriza una de las modalidades básicas de la educación y del cual egresaron también Francisco Hernández, Luis Carrión, Jaime Turrent y Carlos Isla, otros destacados escritores tuxtlecos.

Posteriormente, se graduó en la Escuela Normal Veracruzana y escuchó cátedras de literatura en la Universidad Veracruzana. En esos años publicó sus primeros cuentos en *La palabra y el hombre*. Más tarde, colaboró con Juan Vicente Melo en la Casa del Lago; asistió a cursos literarios en la UNAM; editó algunos relatos en la *Revista Mexicana de Literatura*, *La cultura en México*, *Mundo Nuevo* y *Revista de Bellas Artes*, y entabló amistad con Octavio Paz. En 1962 fue becario del Centro Mexicano de Escritores. En 1965 se trasladó a París para estudiar literatura en la Sorbona. Trabajó en la UNESCO, lo que le permitió residir en la Place des vosgues. En 1966 acudió al Instituto «Goethe» para instruirse en lengua germánica. En ese entonces fue hospitalizado en Achenmühle. Retornó a México para publicar *La muerte de miss O* y colaboró con diversas instituciones culturales. En 1970 editó su segundo libro: *De Alemania*. En 1971 amplió sus conocimientos lingüísticos en la Universidad de Leeds, Inglaterra, donde se posgraduó con la tesis *Judas 'kiss and Shakespeare's Henry VII*. En el otoño de 1972, se desplazó hacia Ámsterdam con intenciones de establecerse definitivamente, pero el gobierno neerlandés lo deportó. En calidad de indocumentado regresó a ese país, gracias al apoyo de su amiga Elizabeth Randoff, quien le brindó hospedaje en la calle Nicolas Maastricht 77. Por aquella época tradujo la obra de Octavio Paz al holandés y conoció a un entrañable amigo: Aart van Barnevaeld. De visita en México, en 1974, sufrieron un accidente automovilístico. Ulises fue internado en el Hospital «Adolfo López Mateos» y Aart, ileso, partió hacia Ámsterdam, donde solicitó la anuencia de las autoridades holandesas para el retorno legal de Ulises Carrión. En 1975, el escritor mexicano regresó a Holanda y fundó la galería «Other Books and So» para difundir actividades culturales diversas (ropa con mensajes, cultura popular mexicana, Arte-libro, video, cómic, Mail-Art, entre otras). En ese mismo año publicó su manifiesto *El arte nuevo de hacer libros*, obra que permite comprender el arte conceptual vinculado a la literatura no ortodoxa. A partir de la reedición de dicho libro, Heriberto Yépez considera a Ulises Carrión como “el escritor post-literario más innovador que haya nacido en México” (2012).

Cabe mencionar que la empresa Philips de Holanda cuenta con material de video experimental realizado por Ulises Carrión de 1977 a 1980. En ese entonces tradujo boleros al holandés (*Trios & Boleros*, Own Edition/ Time Based Arts) y, en 1984, organizó la retrospectiva filmica *Lilia Prado Superstar*, con la presencia de la actriz mexicana.

Paralelamente a su experimentación artística en Holanda, Ulises Carrión impartió conferencias y presentó exposiciones culturales por diversas partes del mundo con el apoyo de la Gate Foundation. Más tarde, el Museo «Fodor» de Bruselas auspició la publicación de una antología crítica internacional de su obra.

Ulises Carrión era afecto a los juegos de naipes y al ajedrez; leía cuanto material caía en sus manos, desde publicaciones sensacionalistas —para explorar el lenguaje de la cultura de masas— hasta literatura universal; le gustaba el tequila reposado, la cerveza y el vino tinto, y le fascinaba la música de los impresionistas. Desde su estancia en Inglaterra comenzó a escribir y dibujar expresamente para sus amigos, a quienes remitía, como destinatarios únicos, tales manuscritos, generalmente, en letra palmer, lo cual explica que gran parte de su obra inédita —o editada en otros idiomas— esté dispersa. Nunca le interesó que la crítica literaria mexicana se ocupara de su obra, pues era un *outsider* por vocación que exploró, a través del ingenio creativo, el amplio horizonte del conocimiento, incluyendo la literatura.

No obstante, la crítica literaria estima que la sobriedad formal y la inclinación experimental de Ulises Carrión lo identifican con el espíritu de la literatura contemporánea. A veces, traspasa las regiones de lo imaginario y de la cavilación, pero el aislamiento y la frustración de los vínculos amorosos constituyen los tópicos de algunas de sus narraciones. Así, el paroxismo y el declive ante las pasiones y los deseos exacerbados parecen regir los destinos de los personajes carrionescos. Sus relatos forman una original galería en la que se expone la naturaleza proteica de la conciencia y el *maremagnum* de la individualidad. Por otra parte, la variedad de problemas universales del hombre planteada en diversos cuentos escenificados en Europa, con protagonistas mexicanos, demuestra el temperamento cosmopolita del escritor tuxtleco, afín al de Sergio Pitol, Salvador Elizondo, Juan Vicente Melo o Juan García Ponce.

Ulises Carrión murió en Amsterdam el 6 de octubre de 1989. Su deceso causó consternación en el medio cultural holandés, al grado que, en un programa especial denominado “I’m an Artist”, Guy Schraenem, refiriéndose al escritor mexicano, sentenció desde la cabina de radio central: «Holanda ha perdido a uno de sus queridos intelectuales; México, a un gran desconocido».

Por fortuna, este año el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía de Madrid presenta la retrospectiva más completa que hasta la fecha se ha hecho de su creación artística.

Sin embargo, al día de hoy, se considera que el alejamiento definitivo de México y la austera producción narrativa de Ulises Carrión fueron las coyunturas decisivas para que su obra literaria, todavía sin reeditar, sea precariamente conocida y apreciada. Hace falta mayor difusión de la misma y una renovada lectura de este ilustre mexicano desconocido aún en su país natal.

Fuentes de consulta:

Carrión, Ulises (1966). *La muerte de Miss O*, Era, México.

Carrión, Ulises (1970). *De Alemania*, Joaquín Mortiz, México.

Carrión, Ulises (2012). *El arte nuevo de hacer libros*. Traducción y prólogo de Heriberto Yépez, Tumbona Ediciones, México.

Carrión, Ulises (2014). *Lilia Prado Superestrella y otros chismes*. Prólogo de Heriberto Yépez, Tumbona Ediciones, México.

Carrión, Ulises (2014). *El arte correo y El gran monstruo*. Traducción y prólogo de Heriberto Yépez, Tumbona Ediciones, México.

Leal, Luis (1966). *El cuento veracruzano*. Universidad Veracruzana, México.

Muñoz, Mario (1991). *Recuento de cuentos veracruzanos*. Editora de Gobierno del Estado de Veracruz, México.

En Internet:

<http://www.literatura.bellasartes.gob.mx/acervos/index.php/catalogo-bibliografico/indice-onomastico/416?start=1>

<http://www.museoreinasofia.es/exposiciones/ulises-carrion>

<http://www.tumbonaediciones.com/tumbona/autores/c/ulises-carrion>

<https://es-la.facebook.com/UlisesCarrion>

* Artículo publicado en la Revista Cultural “Mito” (España, 2016). <http://revistamito.com/ulises-carrion-un-ilustre-desconocido-de-la-generacion-de-medio-siglo/>

LOS CUENTOS DE CRI-CRÍ

En 1974 apareció la producción *Los cuentos y canciones de Cri-crí*, la cual fue grabada en los estudios de la RCA Víctor, para Selecciones de *Reader's Digest*, con una orquesta de 50 músicos, una orquesta de salón, el conjunto musical de Cri-crí y las voces de Las Tres Conchitas y Las Hermanas Gaona, dirigidos por Francisco Gabilondo Soler (Orizaba, Ver., octubre 6 de 1907- México, D.F., diciembre 14 de 1990) y Víctor M. Pazos. El piano estuvo a cargo del propio Gabilondo Soler y de Pepe Agüeros. El compositor orizabeño interpretó también las canciones y tocó los instrumentos solistas en los trozos de música de fondo. La narración de los cuentos fue realizada por "El Relator de América", Manuel Bernal, cuya privilegiada voz dio vida a los distintos personajes.

Esta producción constó, originalmente, de nueve discos de acetato en formato LP en los que se van intercalando, sucesivamente, un cuento y una canción. En total, suman 54 entretenidos relatos e igual número de canciones, así como un poema octosílabo de despedida integrado por 12 estrofas de 4 versos con rima consonante.

Lo apreciable de dicha creación es que ha sido la primera —y única— recopilación de cuentos de Francisco Gabilondo Soler, lo cual representa *per se* un importante legado literario. De hecho, estos relatos —y otros más todavía inéditos— fueron escritos, originalmente, para los programas radiofónicos de la XEW en los que Gabilondo Soler participó de 1934 a 1962.

Resulta interesante que ni cuando vivió el artista, ni durante los recientes festejos del centenario de su natalicio, se haya revalorado la indiscutible calidad literaria de sus ficciones. Por ello, a través de estas líneas, me daré a la tarea de comentar, de manera sucinta, algunos aspectos de las mismas.

En estas narraciones se cuentan diversas aventuras de un señor que una vez fue grillo, llamado Cri-crí por el chirrido que realiza dicho insecto al frotar sus alas, además de que *cricket*, en francés, significa precisamente eso: grillo. No olvidemos que el músico nativo de Pluviosilla tuvo, desde la infancia, un entrañable amor por la naturaleza y la astronomía.

Al salir Cri-crí a recorrer otros rumbos, conoce a un sinfín de simpáticos personajes como el inquieto publicista Ditirambo Farfulla; el rey de chocolate, Bombón I; la niña Teté o don Pimpirulando. Y qué decir de los villanos de los cuentos y canciones del grillito cantor: Los Cuatro Invencibles, el Ratón Vaquero y el Abejorro Mostachón, quienes causaron conmoción en el País de los Cuentos hasta que Cri-crí regresó y, con determinación, los expulsó por su reprobable conducta. Después, el protagonista emigró nuevamente, en busca de empleo, pasando –como en la vida real del propio autor– de torero a compositor musical. Luego, Cri-crí recorrerá el bosque y la ciudad; nos contará sus peripecias en otros países y las narraciones de otros notables personajes, y culminará con una breve descripción de sus gustos y una receta de la felicidad.

Respecto a los relatos de Cri-crí, algunos autores como Carlos Monsiváis han señalado que Francisco Gabilondo Soler es el fabulista mexicano del siglo XX y, en ese sentido, desciende muy directamente de Tomás de Iriarte y Félix María Samaniego, si no queremos remontarnos a Esopo (620-560 a.C.). Gabilondo Soler retoma el modelo de la fábula –negado en México por extrañas razones–, lo actualiza y le da una dinámica popular a través de dos industrias que nacen en la década de los treinta: la disquera y la radio (Elvira García, 1985:152-153).

Por otra parte, José Antonio Alcaraz puntualiza que Cri-crí y Francisco Gabilondo Soler –su otro yo– son afines a Hans Christian Andersen (1805-1875) y que en la brevedad de los cuentos y canciones residen múltiples figuraciones creativas que les hacen autosuficientes. Lo imaginado por ellos encierra una rica variedad de personajes y acotaciones o maneras de observar: plasticidad creativa que llegarán a integrar una conmovedora galería irrepetible de alcances y donaires ilimitados, al tener como condición primera la intangible (José Antonio Alcaraz, 1998:22).

Cabe mencionar que algunas narraciones de Gabilondo Soler no han escapado de la lectura mordaz de su público. Hay quienes cuestionan, por ejemplo, el origen de Cri-crí y piensan que es una copia del Pepe Grillo de Pinocho. Al respecto, hay que especificar que, si bien en los cuentos clásicos europeos el grillo toca el violín, en el cuento italiano *Pinoccio* de

Carlo Collodi (1826-1890), donde el grillo representa la culpa, fue publicado en 1883 y la versión filmica de los estudios Walt Disney apareció en 1940, lo que demuestra la independencia creativa de cada obra. Lo mismo sucede con los Tres Cochinitos o Roco, Tico, Maco y Paco, los amigos de Cri-crí comparados con Hugo, Paco y Luis (los sobrinos del Pato Donald creados en 1934). Lo cierto es que la vasta y diversa creatividad de Gabilondo Soler llegó a llamar poderosamente la atención del propio Walt Disney (1901-1966), quien lo invitó a colaborar en su incipiente empresa cinematográfica. Y existen también testimonios de que el compositor orizabeño no aceptó la invitación, siendo duramente criticado en su época por esa decisión, incluso por su amigo Emilio Azcárraga Vidaurreta.

Podríamos seguir profundizando en el análisis de los mencionados cuentos, pero eso ya sería un amplio ensayo o una edición crítica de los mismos, por lo que, como en el poema de despedida de la producción discográfica al inicio referida, tomo el rumbo acostumbrado, salta y salta que te salta, a lo largo del teclado de la computadora, que no del instrumento musical.

Fuentes de consulta:

ALCARAZ, José Antonio (1998), *Cri-crí: el mensajero de la alegría*. México, IVEC/INBA.

GABILONDO SOLER, Francisco (1974), *Cuentos*, México. Selecciones Reader's Digest.

GARCÍA, Elvira (1985), *...es Cri-crí*. México, Posada.

JUAN GABRIEL EN EL CONTEXTO DEL ENSAYO MEXICANO CONTEMPORÁNEO

“Quiero decirles ahora, que de verdad valió la pena haber nacido en este siglo y en este país por el bello hecho de ser mexicano y de ser Juan Gabriel” expresó alguna vez Alberto Aguilera Valadez (1950-2016).

Desde un enfoque analítico, Juan Gabriel es un referente importante para comprender la mexicanidad, en el sentido de Octavio Paz, por lo que no es de extrañar que, como fenómeno social y figura icónica de nuestro país, su obra haya sido abordada abierta o tangencialmente en el ensayo mexicano actual, a pesar de que, en sus inicios, fue rechazado por muchos intelectuales de la década de los setenta. El tiempo pone las cosas en su lugar y, hoy, como dice el refrán, ya muerto, comenzarán a correr ríos de tinta y revaloraciones intelectualoides sobre un hombre que leía poco (dicho por él mismo), pero que transmitía en sus letras el amor y el dolor del alma nacional.

En entrevista para *La Jornada*, Ernesto Márquez, periodista especializado en música, considera que, en términos de la canción popular, Juan Gabriel es una de las grandes fuerzas compositivas en México, después de Agustín Lara, José Alfredo Jiménez, Consuelito Velázquez y Armando Manzanero. A pesar de que era más conocido por sus baladas, fijó también la atención en la canción vernácula, dando continuidad al estilo del bolero ranchero que posicionó Javier Solís. Curiosamente, esta opinión coincide con la perspectiva de Carlos Monsiváis, quien, en su libro *Del rancho al Internet* (1999), supone que a los ídolos del disco se les juzgó como representantes por excelencia de la ignorancia y el mal gusto congénitos de la plebe. Sin embargo, Monsiváis, admirador de Juan Gabriel, expresó lo anterior con el sarcasmo que lo caracterizaba y hasta se puede aplicar a manera de réplica al desafortunado y homofóbico comentario que hizo recientemente Nicolás Alvarado, ex director de Tv UNAM. Al respecto, coincido con Enrique Krauze en que no se debe juzgar a Juan Gabriel por la calidad literaria de su obra, ni por sus nexos políticos, sino por su aporte a la música popular mexicana. Y quienes consideran «naco» al “divo de Juárez”, bien podrían leer la revisión de ese concepto que realizó Guillermo Bonfil Batalla en su libro *México profundo: una civilización negada* (1987).

Efectivamente, Juan Gabriel fue un ídolo del disco y los conciertos en vivo. Representa, en sí mismo, una teoría de la cultura multitudinaria y un retrato ideal de la colectividad porque ha sido y es una respuesta al tema/problema de la expresión popular, acota Monsiváis en *Escenas de pudor y liviandad* (2010). Sus canciones han sido traducidas al turco, japonés, alemán, francés, italiano, tagalo, griego, portugués e inglés, e interpretadas por más de 1,500 artistas y grupos de todo el mundo, según algunos medios del espectáculo.

“Para Monsiváis -recuerda Elena Poniatowska-, Juan Gabriel no sólo fue el mayor ídolo popular después de Pedro Infante, sino un creador que lo conmovía y lo alegraba”. Y aunque no lo expresa de manera abierta la escritora, hay evidencias de la profunda admiración que el “divo de Juárez” les tenía a ambos.

Juan Gabriel fue un triunfador perseguido por la homofobia, pero también fue testigo de la transición social respecto a este tema. Recordemos la célebre entrevista con el programa televisivo “Primer Impacto” de Univisión, en 2002, en la que el periodista Fernando Rincón, retomando la definición que hizo el historiador mexicano Enrique Krauze sobre el entrevistado, como un artista que rompió las barreras sexuales, porque explotaba el lado femenino del arte, le preguntó de forma directa sobre su opción sexual. El cantautor no dudó en responderle de manera franca y elegante: “Dicen que lo que se ve no se pregunta [...] Eso es lo más importante porque uno no vale por las personalidades que otras personas pueden achacar, porque todo lo que uno hace es lo que se queda, es lo que vale”, expresó.

En efecto, Juan Gabriel ha trascendido en la historia de nuestro país a pesar de las adversidades que enfrentó en su carrera hacia el éxito, como lo narra su biografía. Su obra podrá gustarnos o no, pero es innegable el lugar que ocupa en el medio del espectáculo nacional e internacional. Eso lo convierte, sin duda, en un emblema de nuestra continuidad cultural revisada por Carlos Fuentes en *El espejo enterrado* (2008) y en un “símbolo de la modernización del alma mexicana” como señala Jorge Castañeda en su libro *Mañana o pasado. El misterio de los mexicanos* (2011).

Figura icónica, espejo y reflejo de la gente, un personaje que rebasó su propia leyenda, Juan Gabriel es un hombre con claroscuros, como cualquier ser humano, que nos dejó un legado único e irrepetible con una estrella en el paseo de la fama de Hollywood y un recuerdo vivo en el corazón de los mexicanos.

ÍNDICE

	Pág
Prólogo	7
Narrativa	9
Ex libris	11
Sin música	13
Bajo los puentes	15
Jardín del Anáhuac	20
El cuadro inconcluso	21
Milonga futbolera	24
Natación	25
Aeróbicos	27
Básquetbol	28
Mirada de niño	30
Xikake temaxte	31
Escucha, maestro	32
Con los pies cansados	33
La sinagoga de los milagros	35
La próxima zafra	38
Águila real	39
Ensayos sobre el autor	
Los hijos desolados del blues: o el México del Te Kill A	43
El fracaso diario de los hombres incircuncisos	47
Artículos periodísticos	
De voceador a periodista: un mundo de recuerdos	55
Origen de las calaveras literarias	56
La hilografía de Gerardo Bandala	58
José Emilio Pacheco: el escritor del tiempo y la distancia	61
Cervantes, el hombre	63
Ulises Carrión: un ilustre desconocido de la generación de medio siglo	67
Los cuentos de Cri-Crí	71
Juan Gabriel en el contexto del ensayo mexicano contemporáneo	74

Entre periódicos y libros. Antología personal
de Adán Cabral Sanguino,
se terminó de imprimir en octubre de 2016,
en los talleres de la Editorial de los Maestros “Benito Juárez”, S.C.
Eje Central Lázaro Cárdenas No. 619, C.P. 07700, Col. Nueva Industrial Vallejo,
Gustavo A. Madero, Ciudad de México, con un tiraje de 500 ejemplares.



SNTE *Sindicato
Nacional de
Trabajadores de la
Educación*

UNIDAD ORGULLO COMPROMISO

"POR LA EDUCACIÓN AL SERVICIO DEL PUEBLO"